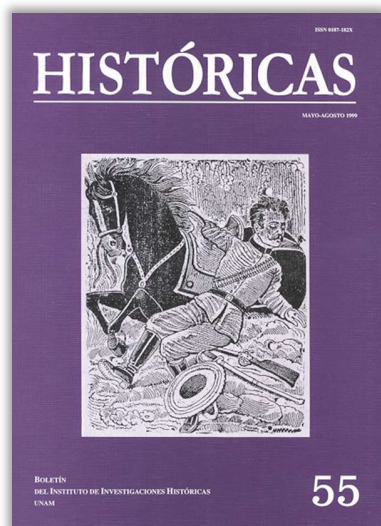




Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 1999

Número: 55

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 55 (1999).

<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3483>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

HISTÓRICAS

MAYO-AGOSTO 1999



Virginia Guedea
Directora

Amaya Garritz
Secretaria académica

Esther Arnaiz Amigo
Coordinadora de biblioteca

Carlos Rea
Secretario administrativo

Rosalba Cruz Soto
Coordinadora de publicaciones

Miriam C. Izquierdo
Secretaria técnica

Ramón Luna Soto
Asesor editorial

Investigadores

Claudia Agostoni, Felipe Ávila Espinosa, Johanna Broda, Rosa de Lourdes Camelo, Víctor M. Castillo Farreras, Felipe Castro, José Enrique Covarrubias, María José García Quintana, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Patrick Johansson K., Miguel León-Portilla, Victoria Lerner Sigal, Janet Long Towell, Martha Loyo, Teresa Lozano, Leonor Ludlow, Pilar Martínez López-Cano, Carlos Martínez Marín, Álvaro Matute, Alicia Mayer, Ivonne Mijares Ramírez, José Luis Mirafuentes, Josefina Muriel, Federico Navarrete, Laura O'Dogherty Madrazo, Sergio Ortega Noriega, Guilhem Olivier, Patricia Osante, Enrique Plasencia, Ignacio del Río, J. Rubén Romero Galván, Javier Sanchiz, Elisa Speckman, Marcela Terrazas, Ernesto de la Torre Villar, Evelia Trejo, Carmen Vázquez M., Silvestre Villegas Revueltas, Gisela von Wobeser, Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Esther Arnaiz Amigo, Fernando Betancourt M., Guadalupe Boronio Gaspar, Cristina Carbó, Rosalba Cruz, Carmen Fragano, Alonso González Cano, Miriam C. Izquierdo, Roselia López Soria, Javier Manríquez, María Teresa Mondragón, María Luisa Reyes Pozos, Ricardo Sánchez Flores, Luis Manuel Segura Estrada, Juan Domingo Vidargas del Moral

HISTÓRICAS

Virginia Guedea
Directora

Elisa Speckman
Editora

Miriam C. Izquierdo
Secretaria de redacción

Comité Editorial
Johanna Broda
Rosa de Lourdes Camelo
Janet Long Towell
Martha Loyo
Teresa Lozano
Carlos Martínez Marín
Álvaro Matute
José Luis Mirafuentes
Ernesto de la Torre Villar

Portada e ilustraciones: Frances Toor et al., *Monografía. Las obras de José Guadalupe Posada, grabador mexicano*, introducción de Diego Rivera, México, Mexican Folkways, 1940, 212 p. Para cualquier asunto relacionado con Históricas, favor de dirigirse a: Dra. Virginia Guedea/Mtra. Elisa Speckman, Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Maestro Mario de la Cueva, Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. Teléfono y fax: 665-00-70. Correo electrónico <http://serpiente.dgsca.unam.mx/ihi/>. Composición electrónica: Sigma Servicios Editoriales, en tipo Goudy Ols BT de 11, 10 y 9. Impresión: Hemes Impresores. Tiraje: 1 000 ejemplares.

HISTÓRICAS 55

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM. MAYO-AGOSTO, 1999. ISSN0187-182X

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	2	EVENTOS ACADÉMICOS	
ENSAYOS		<i>Relatorías</i>	
Las concepciones de la trama de R. G. Collingwood, H. White y P. Ricoeur. Ensayo comparativo Rodrigo Díaz Maldonado	4	Congreso Internacional Los Procesos de Independencia en la América Española Víctor Gayol	45
La objetividad, quimera de la historia Evelia Trejo	16	PUBLICACIONES	
Biografía e historia. Un amor extraño María Rosa Palazón	32	<i>Reseñas</i>	
ENTREVISTAS		Peter Novick, <i>Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana</i> Álvaro Matute	47
Entrevista a Álvaro Matute Alicia Salmerón y Elisa Speckman	38	R. G. Collingwood, <i>The idea of history</i> María Teresa Álvarez Icaza Longoria ...	50
		Novedades editoriales	54

PRESENTACIÓN

La filosofía o teoría de la historia es el campo al que se dedica el presente número, coordinado por Álvaro Matute. Los ensayos reunidos se ocupan de un aspecto que a lo largo del tiempo ha preocupado a los historiadores: las obligaciones y las libertades con que el investigador puede o debe enfrentarse a su información. Así, frente a la apuesta positivista por la objetividad, que elimina posibilidades de interpretación, se alza una amplia gama de propuestas, que admite que la subjetividad o el bagaje cultural del estudioso de la historia se presenta desde el momento mismo de la elección del tema o la selección de la información y que incluso, en palabras de Hayden White, considera como tarea fundamental del historiador el dotar a los hechos de significado.

El análisis de la propuesta de este pensador, junto con el de la de otros dos importantes teóricos de la historia, es justamente el tema del primer ensayo, a cargo de Rodrigo Díaz Maldonado. El autor analiza la existencia de la trama en los textos históricos a partir de la propuesta de R. G. Collingwood, Paul Ricœur y Hayden White. Concluye que los tres coinciden en señalar que, a diferencia de los literatos, el historiador no puede inventar o formular los hechos, sino que debe tomarlos de la "realidad" o de los testimonios históricos y que, a partir de ellos, construye su relato o dota a su exposición de una trama. Como hemos apuntado, para White dotar de trama a un relato histórico implica dar a los hechos un significado; para Collingwood, en cambio, consiste en unir los puntos nodales en una red única y coherente, mientras que para Ricœur, en reunir causas y fines en una acción total y completa o en sintetizar lo heterogéneo.

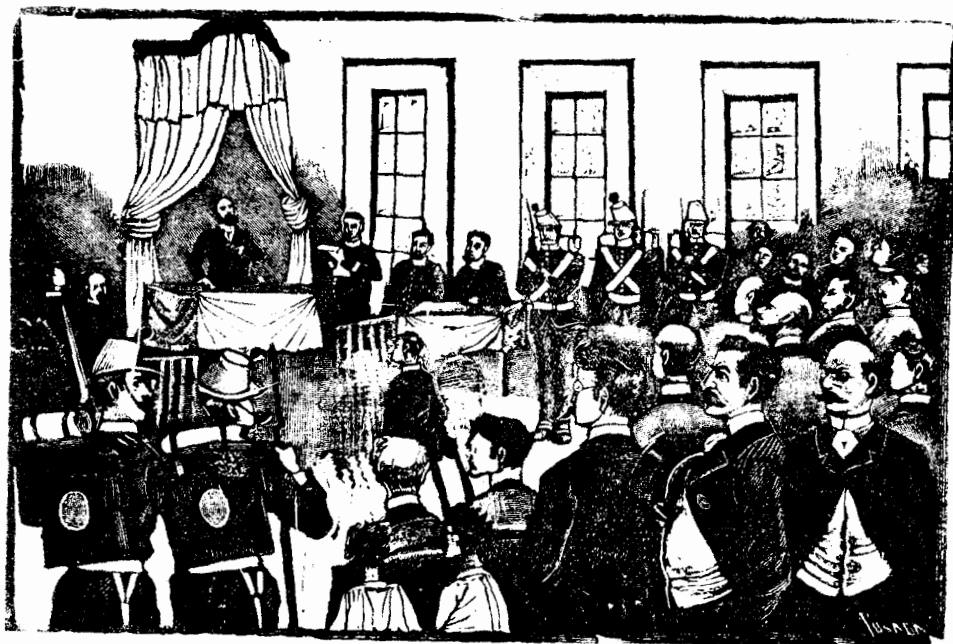
Por su parte, Evelia Trejo se adentra en el problema de la objetividad del conocimiento histórico. Para ello estudia la obra de historiadores mexicanos y extranjeros que escribieron a lo largo del siglo XX: Fueter, Gooch, Croce, Shotwell, Collingwood, Wagner, Vázquez, Lefebvre, Carbonell y Corcuera. En sus textos busca el significado que estos autores otorgaron al concepto de objetividad, además de la postura que asumieron frente al modelo de Ranke, autor que defendió la necesidad de ceñirse al dato como vía para preservar la objetividad y con ello alcanzar la veracidad.

Por último, María Rosa Palazón estudia el género biográfico, preguntándose si éste entra dentro del campo de la literatura o de la historia. Postula que, si bien el biógrafo se permite licencias literarias o introduce elementos tomados de la ficción, también se preocupa por aportar datos fidedignos, por lo que si la biografía no es una historia propiamente dicha, al menos debe verse como una fuente testimonial. Además, plantea la inquietud acerca de si resulta pertinente considerar como un estudio histórico a un relato que se centra en el protagonista o en el detentador del poder, dejando de lado aspectos tan importantes como el contexto que lo rodea y, por tanto, las diferencias temporales entre los escenarios en

los cuales actuaron las grandes figuras de la historia, los factores externos que explican sus decisiones o sus actos, o bien el peso de la colectividad.

Por otro lado, en esta ocasión la sección de entrevistas incluye una charla con Álvaro Matute, quien desde hace tiempo se ha dedicado a este campo y es un reconocido especialista en el tema.

También las reseñas abordan obras propias de la teoría de la historia. En la primera, Álvaro Matute comenta la obra de Peter Novick, intitulada *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, editada recientemente por el Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora. En la segunda, María Teresa Álvarez Icaza Longoria reseña la nueva edición de *La idea de la historia*, de R. G. Collingwood, en la cual se esclarece la participación de su discípulo T. M. Knox en la edición de los manuscritos originales, además de incluirse tres textos inéditos del autor. □



Las concepciones de la trama de R. G. Collingwood, H. White
y P. Ricœur. Ensayo comparativo

Rodrigo Díaz Maldonado
Facultad de Filosofía y Letras

Nada más difícil que percibir cómo un mecanismo
estructurador actúa sobre un texto.
Es algo comparable a buscar profundidad
en una superficie de dos dimensiones, el texto escrito.
René Girard, *La ruta antigua de los hombres perversos*

Según Borges, Juan Escoto Erígena afirmó en el siglo IX que las palabras de las Sagradas Escrituras admitían un infinito número de sentidos: "como los tornasoles del plumaje de un pavo real". Si se aplica este principio no sólo a las Escrituras, sino a cualquier otro texto (escrito), es probable que Escoto sea un antiguo precursor de los hermeneutas modernos. En su tiempo, el pensamiento de Escoto Erígena fue relacionado con el panteísmo medieval y, en ese sentido, casi herético. Muchos historiadores de la actualidad ven, con parecida desconfianza, la intromisión de la hermenéutica en su campo de estudio. Ahora la herejía se llama relativismo.

La base para una actitud tan timorata reside en la creencia de que aquellos estudios que pretenden un acercamiento hermenéutico a las obras históricas borran o diluyen la línea que divide lo real de lo ficticio, pues otorgan prácticamente el mismo tratamiento a la historia y a la literatura. En el fondo de esta postura se deja ver cierta inconfesa nostalgia por la historia "elevada", en el siglo XIX, a la categoría de ciencia, y cuyas verdades eran irrefutables y válidas universalmente, como en la física. Un ejemplo muy ilustrativo puede ser una de las preguntas formuladas por Roger Chartier, tras una lectura poco reflexiva de la obra de Hayden White:

si la historia produce un conocimiento que resulta idéntico al que ofrece la ficción narrativa, ni más ni menos, ¿cómo considerar (y por qué perpetuar) estas operaciones tan pesadas y exigentes que son la constitución de un *corpus* documental, la verificación de datos y de hipótesis, la construcción de la interpretación? [...] si la realidad de los hechos que se articulan en una intriga no atañe a la naturaleza

del saber producido, ¿no es la operación historiográfica una pérdida de tiempo y esfuerzo?¹

Sin necesidad de echar mano a la respuesta del propio White, es posible afirmar que estas preguntas suponen dos cosas: primero, que la escritura histórica se caracteriza primordialmente por poseer un aparato crítico, y, segundo, que la literatura es una falsedad, pues los hechos que contiene una obra literaria no son verdaderos. Tal vez sea pertinente mencionar un corolario que se desprende de las dos primeras afirmaciones, a saber, que la literatura no tiene nada que ver con una interpretación de la realidad, a diferencia de la historia, cuya función es precisamente ésta: interpretar datos reales. Tanto las afirmaciones como el corolario extraídos de la pregunta de Chartier se encuentran en patente equivocación. Baste pensar en algunos textos de Borges, o en algunas malas obras que se reputan históricas, para descubrir que el aparato crítico no hace a la historia; y si la literatura no contiene verdad, entonces es posible invertir la pregunta: ¿para qué perpetuarla? Por último, cabe decir que la literatura, a la vez que construye mundos posibles, es también una interpretación de la realidad, pues de eso depende su inteligibilidad.

Ahora bien, no es el objetivo del presente trabajo dirimir estas cuestiones. En mi opinión, la historia y la literatura se encuentran íntimamente ligadas —sin llegar a ser lo mismo—, de tal manera que resulta perfectamente válido un acercamiento a la primera a partir de las técnicas y teorías que emanan del estudio de la segunda. No obstante que lo anterior constituye sólo una primera delimitación del tema de este trabajo, aún es necesario definir sus linderos con mayor precisión.

Probablemente, la existencia de una trama, con todas sus características, dentro de una obra histórica cualquiera sea una de las problemáticas que más desconciertan a los historiadores tradicionales. Para ellos, la trama de la Historia (así, con mayúscula) es algo “encontrado”, inherente a los hechos mismos y, de ninguna manera, algo que el historiador “inventa”, que imprime en los acontecimientos por medio de técnicas narrativas. De nuevo se equivocan, pues los hechos históricos no poseen carga alguna, no comienzan y no terminan —por lo menos no de la forma en que lo hacen las narraciones—, y por sí mismos carecen de toda significación. Para que podamos hablar de su significado, de su estructura temporal o de su carga moral, los hechos deben estar inscritos en una narrativa. Pero todavía no se ha dicho nada acerca de la trama. Para tratar de explicar este concepto, y la relación que guarda con la historia, he elegido a tres pensadores: Robin G. Collingwood, Paul Ricoeur y Hayden White. Es probable que la elección de estos autores a simple vista parezca arbitraria, y lo es en cierto sentido. Sin embargo, este breve ensayo comparativo sólo pretende ser una primera

¹ Roger Chartier, “Cuatro preguntas a Hayden White”, en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 3, 1994, p. 231-246, p. 242.

aproximación a la vasta problemática que plantea la existencia de “tramas” dentro de las obras históricas.

De acuerdo con el *Diccionario enciclopédico Espasa*,² la trama es la “disposición interna, contextura, ligazón entre las partes de un asunto u otra cosa, y en especial el enredo de una obra dramática o novelesca”. Es claro que esta definición deja mucho que desear: es ambigua y, para colmo, nada dice en relación con la historia, que es lo que ahora nos ocupa. Pero de momento hay que conservarla, pues en un principio la visión de Collingwood de la trama es algo similar, aunque poco a poco se va haciendo más compleja.

En su ensayo “La esencia y los fines de una filosofía de la historia”,³ Collingwood realiza una severa crítica a dos tendencias que, en su opinión, reclaman de manera ilegítima el título de filosofías de la historia. En primer lugar, Collingwood dirige su artillería en contra de la búsqueda de leyes causales, universales e invariables dentro de la historia, cuestión de suma importancia pero que se localiza alejada del tema de este trabajo. Más en relación con nuestro objetivo se encuentra su segundo ataque, en este caso hacia aquellas filosofías que ven en la historia “la realización progresiva de un plan único y concreto”, en otras palabras, en contra de aquellas concepciones de la historia como el “despliegue de un drama cósmico”.

Lo que Collingwood descarta en su ensayo no es la existencia misma de un plan, sino que éste sea preestablecido como es el caso de cualquier teleología. Para él, negar que la historia presente un plan, que sea de algún modo un drama, equivale a negar la historia misma, pues se renuncia a la posibilidad de encontrar conexión alguna entre los acontecimientos. De esta forma, “el plan que revela la historia no es un plan que exista previamente a su propia revelación; la historia es un drama, pero un drama improvisado, solidariamente improvisado por sus propios personajes” (p. 78). Más adelante, Collingwood utiliza el término “trama” para referirse a este “drama improvisado”. Es importante señalar que, cuando este autor habla de “trama”, no se refiere al concepto tal y como se le utiliza en los estudios literarios. Para este momento de su análisis, la trama no es parte de la obra histórica, sino de la historia misma, algo así como su significado trascendental (o cuasi trascendental). Por otra parte, no hay que olvidar que Collingwood está realizando una crítica y, por lo mismo, aunque en un principio se muestra dispuesto a defender la idea de un plan, no termina de aceptarla pues no concuerda con su propia visión de la historia, según la cual aceptar la existencia de cualquier plan, por muy improvisado que éste sea (al igual que la búsqueda de leyes causales), supondría aceptar que el pasado humano existe fuera del presente. En mi opinión,

² *Diccionario enciclopédico Espasa*, Madrid, 8a. edición, Espasa-Calpe, 1979.

³ R. G. Collingwood, *Ensayos sobre la filosofía de la historia*, traducción de José Luis Cano Tembleque, Barcelona, Barral Editores, 1970, 199 p.

es en este punto donde Collingwood se aproxima más a la concepción de las verdades históricas como más cercanas a la literatura que a la ciencia, aunque para él la historia no es ni lo uno ni lo otro. En cierta medida es también aquí donde se reconoce en la trama algo más que el hallazgo de una estructura inherente a los propios acontecimientos. Pero es necesario dar un pequeño rodeo para explicar esta afirmación.

En un ensayo posterior, que forma parte del libro *Idea de la historia*,⁴ Collingwood desarrolla con mayor profundidad una explicación de la semejanza entre historia y literatura. Aunque en dicho ensayo Collingwood no habla específicamente de la trama, es posible ver, a partir de sus otros comentarios, el papel que le asigna dentro de la conformación de las obras históricas.

Toda la argumentación de esta parte surge del intento de comprobar la autonomía del trabajo histórico respecto de las llamadas "autoridades". El primer paso de Collingwood consiste en dismantelar la "teoría del sentido común", según la cual el historiador está obligado a reproducir ciegamente las afirmaciones de sus autoridades, pues en ellas radica la verdad. Lo anterior es a todas luces imposible, en virtud de que cualquier historiador, hasta el más mediocre, a lo largo de su trabajo "escoge, construye y critica" (p. 229) a partir de los materiales de que dispone. El historiador sólo introduce en su relato aquello que juzga necesario y que, además, ha sido avalado por una crítica de fuentes. Por otra parte, él es el encargado de unir los puntos nodales, dictados por las autoridades, en una red única y coherente. A esta última operación Collingwood le da el nombre de "construcción", y sin dificultad puede ser identificada con lo que se conoce como entramado. La herramienta que utiliza el historiador para llevar a cabo esta tarea es la interpolación. El acto de interpolación presenta, según Collingwood, dos características fundamentales: es necesario, pues sin él no sólo no podríamos hablar del pasado, sino que no podríamos entender el mundo que nos rodea; y lo que se infiere de esta forma es algo esencialmente imaginado. Ambas características quedan resumidas en un solo concepto, la imaginación *a priori* (en el sentido kantiano del término):

De esta manera, la imagen que el historiador se hace de su tema, trátase de una secuencia de acontecimientos o de un estado pasado de cosas, aparece como una red construida imaginativamente entre ciertos puntos fijos que le han proporcionado las afirmaciones de sus autoridades; y si estos puntos son suficientemente abundantes y si los hilos tendidos de uno [a otro] se han construido con el cuidado debido, siempre por la imaginación *a priori* y nunca por la mera fantasía arbitraria, la imagen entera se verificará constantemente por la referencia a estos datos y no corre demasiado riesgo de perder contacto con la realidad que representa. (P. 235.)

⁴R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 323 p.

Vemos aquí que, aunque Collingwood no lo dice directamente, el papel de la trama en la historia ya no es más su significado trascendente. Ahora la trama la pone el historiador, en vez de encontrarla. Es él y nadie más el responsable de unir los acontecimientos de determinada forma, aunque sin abandonar los límites marcados por la imaginación *a priori*.

Pero la crítica de Collingwood todavía no ha terminado. A continuación emprende la batalla contra la idea misma de los "puntos nodales", que hasta el momento eran los anclajes de la red imaginada por el historiador. Si la teoría del sentido común es errónea, pensar que son las autoridades las que determinan los puntos fijos sobre los cuales se teje la historia también lo es, pues para el historiador crítico no existen datos preestablecidos porque es él, y no una autoridad, quien los juzga pertinentes o no. De esta manera, los datos se justifican por medio del entramado y no al revés. El historiador determina y verifica los testimonios al confirmar que la imagen del pasado que de ellos emana es una imagen coherente y continua que posee significado:

Liberada de su dependencia respecto a los puntos fijos proporcionados desde fuera, la imagen que el historiador traza del pasado es así, en todos sus detalles, imaginaria y su necesidad es en todos los puntos la necesidad de la imaginación *a priori*. Cualquier cosa que entre en ella no lo hace porque la imaginación del historiador la acepte pasivamente sino porque la exige activamente. (P. 238.)

Así, finalmente la argumentación de Collingwood llega a subrayar la notoria semejanza entre historia y literatura, cuyo común denominador viene a ser la coherencia interna y el criterio de necesidad:

Cada uno de ellos (el historiador y el novelista) se interesa por construir una imagen que es, en parte, narración de acontecimientos y, en parte, descripción de situaciones, exposición de motivos, análisis de personajes. Cada uno de ellos se propone hacer de esta imagen un todo coherente donde cada personaje, cada situación está tan ligada al resto que este personaje en esta situación no puede menos que actuar de esta manera y no podemos imaginarlo actuando de otra. La novela y la historia tienen que ser igualmente coherentes, nada es admisible en ninguna de ellas si no es necesario, y el juez de esta necesidad es en ambos casos la imaginación. Tanto la novela como la historia son auto-explicativas, auto-justificantes, son el producto de una actividad autónoma o auto-autorizante; y en ambos casos esta actividad es la imaginación *a priori*. (P. 238.)

En este punto se roza también la idea aristotélica de la construcción de la trama (*mythos*), en virtud precisamente de la coherencia y la necesidad propias de la obra histórica. El "todo coherente" del que habla Collingwood puede ser perfectamente identificado con la noción de *holos*, pese a que no se detiene a examinar cómo y de qué forma se integran en la trama histórica los aspectos estrictamente "necesarios" y, por lo tanto, ignora todo lo relacionado con la configuración del tiempo narrativo (concretamente con el desarrollo de un princi-

pio, un medio y un fin, que son para Aristóteles las partes constitutivas de un *holos*).⁵

Ahora bien, Collingwood no lleva más allá la identificación de la historia con la literatura. Inmediatamente después de marcar las semejanzas, desarrolla un grupo de constricciones limitativas de la historia, que son las encargadas de salvaguardar al conocimiento histórico de una posible disolución en el campo de la literatura. En primer lugar, Collingwood señala que, en su carácter de obras de la imaginación, la labor del historiador no difiere en absoluto de la labor del novelista. Sin embargo, la imagen coherente que pretende realizar el historiador tiene que ser verdadera, condición que no aplica sobre el novelista. Para que la imagen sea verdadera, el historiador debe obedecer tres reglas fundamentales:

- 1) Situar dicha imagen en el tiempo y en el espacio.
- 2) Considerar que sólo existe un mundo histórico, a diferencia de los mundos imaginados, y, por lo tanto, éste debe ser coherente consigo mismo y todas las cosas dentro de él deben guardar relación entre sí, aunque sólo sea de forma cronológica y topográfica.
- 3) Las afirmaciones históricas deben poder ser verificadas por medio de testimonios (no se trata de los testimonios provenientes de las autoridades, sino de aquellos que el historiador utiliza, sin importar de donde provengan).

Independientemente del contenido de “verdad” o de la relación que guarde una obra histórica con la “realidad”, la necesidad de situar los acontecimientos cronológica y espacialmente es, sin duda, una diferencia irreductible entre historia y literatura. Pese a ello, aunque por motivos diferentes, tanto la perspectiva de White como la de Ricœur parecen ignorar este punto. Por otra parte, de las tres reglas mencionadas, la segunda es, en mi opinión, la que presenta mayores dificultades, pues supone que, en el caso de existir dos interpretaciones opuestas de un mismo fenómeno, por lo menos una está equivocada.⁶ Pero si, como vimos, las interpretaciones del proceso histórico se basan en una construcción fundamentada en la imaginación *a priori* —es decir en formas específicas de entramado—, afirmar que no pueden existir interpretaciones opuestas equivale a afirmar que el proceso histórico puede soportar sólo una trama, la trama verdadera, con

⁵ Vid. Paul Ricœur, *Tiempo y narración I*, traducción de Agustín Neira, México, Siglo XXI, 1995, p. 92-93.

⁶ En la tercera parte del primer ensayo de Collingwood citado en este trabajo, este problema es descrito en los siguientes términos: “El objeto del arte es el individuo imaginario, mientras que el objeto de la historia es el individuo real. Dos artistas pueden presentar ante sí objetos incompatibles sin que por esta razón sean los peores artistas; pero si dos historiadores presentan objetos incompatibles [...], al menos apunta el error por una parte. Es decir, la historia, como todo conocimiento, tiene un objeto que es uno y el mismo para todas las mentes que conocen [...].” (p. 87). Lo anterior significa, de alguna manera, que el arte *no* es una forma de conocimiento.

lo cual de alguna manera se regresa a la primitiva visión de la trama como un significado trascendental inherente al proceso histórico.

El problema anterior no fue ajeno a Collingwood; sin embargo, en vez de abordarlo directamente, prefirió elaborar una serie de preceptos teóricos que le permitieran escoger de entre varias narraciones históricas la más cercana a la verdad.⁷ De esta forma pretendió conjurar al fantasma del relativismo que se paseaba peligrosamente cerca de su trabajo. En resumen, la posición de Collingwood respecto de la trama dentro de las obras históricas es ambigua, pues se mantiene en un punto intermedio entre reconocer que los hechos históricos pueden presentarse tramados de formas distintas, al mismo tiempo que reclama la autoridad de algunas narraciones sobre otras como más verdaderas.

Lo anterior nos conduce a la segunda parte del presente trabajo. Ahora veremos cómo Hayden White retoma en cierto sentido el camino abierto por Collingwood, ampliando la discusión en torno a la trama y su función configurante dentro de las obras históricas.⁸

Según White, los modos posibles de la historiografía (al igual que los de la filosofía de la historia) son en realidad "formalizaciones de intuiciones poéticas que analíticamente los preceden y que sancionan las teorías particulares utilizadas para dar a los relatos históricos el aspecto de una 'explicación' ". Posteriormente afirma que no existe una base teórica "apodícticamente cierta" para reclamar legítimamente la autoridad de una perspectiva histórica sobre otras como más realista. En consecuencia, para poder reflexionar sobre la historia en general, es necesario hacer una elección entre perspectivas historiográficas rivales, y la mejor base para esto es, en última instancia, estética o moral, antes que epistemológica.⁹ Es aquí donde comienzan a presentarse profundas diferencias entre White y Collingwood, pues este último ve a la historia firmemente ligada a la realidad, como una forma de conocimiento que tiene un solo objeto para todos los que conocen, aunque su método específico sea la imaginación *a priori*.

Siguiendo a White, cuando se escribe historia, por lo menos en teoría, el historiador no tiene permitido "inventar" los hechos que componen su relato, sino que tiene que encontrarlos dentro de lo que él llama *unprocessed historical record*, a diferencia de los artistas cuando escriben literatura. Esto equivale a la tercera regla elaborada por Collingwood, según la cual las afirmaciones de un historiador necesitan el respaldo de los testimonios. Sin embargo, para White los

⁷ Vid. Collingwood, "Lectures on the philosophy of history" (1926), en *The idea of history*, edición e introducción de Jan van der Dussen, edición revisada y aumentada 1994, Oxford University Press, p. 359-425, especialmente el inciso "d) Narrative".

⁸ Propiamente hablando, White no es un continuador de la obra de Collingwood. Sin embargo, su teoría del análisis historiográfico, influida por el estructuralismo, bien puede ser vista como el paso siguiente en lo relacionado con la función de la trama en las obras históricas, el paso que Collingwood no pudo o no quiso dar.

⁹ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 11.

hechos históricos no se presentan al historiador en la forma discernible de un relato (esto es, como una narración esencialmente secuencial, con comienzo, medio y fin), sino que simplemente se presentan y el historiador es el encargado de darles forma al momento de narrarlos. Pero este "dar forma" es algo mucho más complejo que simplemente unir los acontecimientos entre sí; no se trata solamente de llenar los huecos y tejer la red. La acción misma de narrar equivale, para White, a dotar de significado a los acontecimientos, puesto que es sólo a través de una presentación narrativa que nos es posible decir que los hechos o fenómenos históricos "comienzan" o "concluyen" en determinado momento y de determinada forma. El elemento que nos permite distinguir la forma específica de una narración es la trama:

Se llama explicación por la trama a la que da el "significado" de un relato mediante la identificación del *tipo de relato* que se ha narrado. Si en el curso de la narración de su relato el historiador le da la estructura de trama de una tragedia, lo ha "explicado" de una manera; si lo ha estructurado como una comedia, lo ha "explicado" de otra. El tramado es la manera en que una secuencia de sucesos organizada en un relato se revela de manera gradual como un relato de cierto tipo particular.¹⁰

Vemos aquí cómo el concepto de trama abandona por completo a los acontecimientos para integrarse al campo de la inteligencia narrativa. Los hechos históricos ya no poseen ningún tipo de significado por sí mismos y es el historiador, desde su perspectiva, el encargado de dotarlos de coherencia. Al narrar, el historiador dota a los acontecimientos de características que éstos no poseen como mera secuencia y en cierta forma los idealiza. Esto supone un cambio epistemológico dentro de la naturaleza misma de los hechos históricos, pues se alejan de la "realidad" y adquieren el carácter de alegorías. Ése es, precisamente, el atractivo de la narrativa histórica, en la medida en que dota a la realidad de la coherencia formal que poseen los relatos. Es sólo gracias a la narrativa que nos es dado recapitular dentro del viaje inconcluso que es la historia humana.

Por otra parte, para White los modos posibles de articulación de la trama no son infinitos y, por lo menos en la cultura occidental, corresponden a los arquetipos de epopeya (romance), tragedia, comedia y sátira. Como resulta obvio, estos cuatro modos no son únicos. En los relatos ficcionales, la trama suele presentar formas mucho más complejas, generalmente producto de la combinación de dos o más de estos arquetipos, dando como resultado una multitud de matices (tragicomedia, sátira cómica, melodrama, romance trágico, etcétera). No obstante, de acuerdo con White, hasta los más grandes historiadores y filósofos de la historia europeos del siglo pasado fueron, como narradores, bastante convencionales, por lo que el tramado de sus historias suele estructurarse bajo una forma simple o bajo combinaciones poco complejas.

¹⁰ *Ibidem*, p. 18.

Hayden White extrae la tipología de la construcción de la trama del libro de Northrop Frye, *Anatomía de la crítica*.¹¹ De hecho, también el análisis tropológico, tan importante en la obra de White, se debe en buena medida a las teorías de Frye: "Anticipando nuestra interpretación de la historia, podemos considerar nuestros modos romántico, mimético elevado (tragedia) y mimético bajo [comedia] como una serie de mitos, *mithoi* o fórmulas de trama *desplazados* que avanzan poco a poco hacia el polo opuesto de verosimilitud y luego, por ironía, comienza el movimiento de vuelta".¹² Es precisamente este movimiento semicircular el mismo que, según White, experimentan los cuatro tropos del lenguaje poético (metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía) que él utiliza para designar las fases del desarrollo de la conciencia histórica europea durante el siglo XIX, y que se pueden relacionar con los modos de explicación por la trama y por la argumentación (por ejemplo, sinécdoque-comedia-organicismo).¹³

La influencia de Frye en la obra de White tiene como consecuencia, entre otras, que la trama sea vista sólo en función de sus cualidades taxonómicas, es decir, únicamente a partir de la teoría de los géneros literarios. White utiliza la trama sólo en la medida en que ésta le permite identificar los relatos históricos como pertenecientes a un género determinado. De hecho, es realmente poco lo que nos dice de la trama como un modelo de coherencia o concordancia, independientemente de su tipo específico.¹⁴

En cambio, para Paul Ricœur la trama es, antes que una herramienta de categorización, un modelo de concordancia: "es en virtud de la trama que fines, causas y azares se reúnen en la unidad temporal de una acción total y completa".¹⁵ Aunque Hayden White reconoce tácitamente esta cualidad de la trama, es Ricœur quien la desarrolla a profundidad, tanto para la narrativa histórica como para la ficcional. Pero esto hay que examinarlo con más detalle.

El objetivo de Ricœur es, entre otros, ver hasta qué punto el modelo de construcción de la trama, elaborado por Aristóteles, puede ser llevado más allá de sus límites, de tal forma que pueda cubrir tanto a la narrativa histórica como

¹¹ Northrop Frye, *Anatomía de la crítica*, traducción de Edison Simons, Caracas, Monte Ávila, 2a. edición, 1991, 497 p.

¹² *Ibidem*, p. 77.

¹³ Para una exposición completa de esta teoría del estilo historiográfico, véase la introducción de *Metahistoria*, *op. cit.*, p. 13-50. Paul Ricœur ve en el análisis tropológico de White la parte más débil de su trabajo, pues le parece que no añade propiamente nada a las explicaciones por entramado, implicación ideológica y argumentación formal (*vid. Tiempo y narración I*, p. 272). Esto se debe probablemente a que, para Ricœur, las reglas de lectura propuestas por Frye (la orientación taxonómica y la circularidad) serían totalmente arbitrarias de no encontrar su clave hermenéutica en la teoría de los símbolos elaborada por el propio Frye, y que no se encuentra presente en el análisis realizado por White (*vid. Tiempo y narración II*, p. 394-403).

¹⁴ Por ejemplo: "entendemos por trama una estructura de relaciones por las que se dota de significado a los elementos del relato al identificarlos como parte de un todo integrado". White, *El contenido de la forma*, traducción de Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, 1992, p. 24.

¹⁵ Ricœur, *op. cit.*, p. 31.

a la novela moderna y contemporánea. Para ello, en primer lugar nos dice qué es para Aristóteles la trama, y es aquí donde se formula una cuasi identificación entre el *mythos* (disposición de los hechos), y la *mimesis* (representación de la acción). Es importante señalar que ambos términos son, para Ricœur, operaciones antes que estructuras, con lo cual se busca subrayar su carácter dinámico.

Aun antes de plantear una posible extensión al paradigma de orden de la trama (trágica, pues fue la desarrollada por Aristóteles), ésta se presenta como un modelo de concordancia (aunque, de manera muy sutil, también hace hincapié en el juego de discordancia dentro de la concordancia, lo que posteriormente le permitirá a Ricœur relacionar la construcción de la trama aristotélica con la *distentio animi* agustiniana): "La definición de *mythos* como disposición de los hechos subraya, en primer lugar, la concordancia. Y esta concordancia se caracteriza por tres rasgos: plenitud, totalidad y extensión apropiada".¹⁶ Esto nos lleva a pensar en la trama como un todo (*holos*) coherente y, para Aristóteles, un "todo" es lo que tiene un principio, un medio y un fin. Ricœur nos dice a este respecto que "sólo en virtud de la composición poética algo tiene valor de comienzo, medio o fin: lo que se define como comienzo no es la ausencia de antecedente, sino la ausencia de necesidad en la sucesión". Es, pues, la necesidad la que rige la conexión lógica en la sucesión de los acontecimientos. Si trasladamos lo anterior al campo de la narrativa específicamente histórica, vemos cómo Ricœur se aproxima en este punto a lo dicho por Collingwood. Sin embargo, Ricœur va mucho más lejos al afirmar que las ideas de comienzo, medio y fin no provienen de nuestra experiencia en el mundo "real", no forman parte de la acción efectiva, sino que son "efectos de ordenación del poema".

Por otra parte, Ricœur nos dice que la construcción de la trama (*mimesis* II, una vez que se le ha deslindado de las coacciones restrictivas impuestas por el paradigma de la tragedia) es el acto configurante por excelencia. Su función es, primordialmente, de integración.¹⁷ Esto le permite ejercer como mediadora, tanto entre *mimesis* I (que es, en pocas palabras, una pre-comprensión del mundo de la acción, de sus características simbólicas y temporales, común al autor y al lector, y que sirve de base para la comprensión narrativa) y *mimesis* III (que corresponde a lo que H. G. Gadamer llama "aplicación", y que marca la intersección del mundo del texto con el mundo del lector), como en otros tres sentidos: media entre los acontecimientos y una historia (en el sentido de *story*) tomada como un todo, es decir, la trama es la encargada de extraer "una historia sensata de una serie de acontecimientos o incidentes (los *pragmata* de Aristóteles); o [...]

¹⁶ *Ibidem*, p. 92. Se cita a Aristóteles: "Nuestra tesis es que la tragedia consiste en la representación de una acción llevada hasta su término (*teleias*), que forma un todo (*holos*) y tiene cierta extensión (*megethos*)."

¹⁷ Ricœur lo explica así: "la trama desempeña ya, en su propio campo textual, una función de integración y, en este sentido, de mediación, que le permite operar, fuera de este mismo campo, una mediación de mayor alcance entre la precomprensión [*mimesis* I] y —valga la expresión— la poscomprensión [*mimesis* III] del orden de la acción y de sus rasgos temporales". *Ibidem*, p. 131.

transforma estos acontecimientos o incidentes en una historia". La distinción anterior entre extraer y transformar es, en mi opinión, donde Ricœur marca una de las diferencias más importantes entre historia y literatura, pues mientras que la narración de ficción "transforma" acontecimientos en historias, la narración histórica "extrae" una historia de los acontecimientos. Ahora bien, esta visión de la construcción de la trama, como la "operación que extrae de la simple sucesión la configuración", se encuentra bastante cercana a la propuesta de White porque ¿qué es la configuración sino un dotar de significado? Sin embargo, el acto configurante que, según White, permite al historiador la organización secuencial de los hechos es para Ricœur mucho más amplio porque "comprender la trama es ya hacer surgir lo inteligible de lo accidental, lo universal de lo singular, lo necesario o lo verosímil de lo episódico".¹⁸

La construcción de la trama también es mediadora al integrar juntos factores tan heterogéneos como agentes, fines, medios, interacciones, circunstancias, resultados, etcétera. Por último, la trama es mediadora porque la integración anterior se realiza dentro de sus *caracteres temporales* propios, lo cual le permite a Ricœur llamar a la trama *síntesis de lo heterogéneo*.¹⁹

Pese a que la función mediadora de la construcción de la trama vale tanto para los relatos de ficción como para lo histórico, Ricœur pone mucho cuidado en preservar la distinción entre ambos tipos de narraciones. De la misma forma en que lo hace Collingwood, Ricœur piensa que el historiador no tiene permitido inventar los hechos que integran sus relatos sobre el pasado, en el sentido de formularlos en respuesta a las exigencias del entramado —o del "desentramado", como hacen los escritores antinarrativistas modernos. Lo que hace el historiador es discernir las tramas prefiguradas en las acciones históricas de los agentes que las produjeron y configurarlas como secuencias de acontecimientos que tienen la coherencia de los relatos (es decir, que tienen inicio, medio y fin), con lo cual se logra hacer explícito el significado que está implícito en los propios acontecimientos. Si una acción puede contarse es gracias a su articulación previa: "desde siempre está *mediatizada simbólicamente*".²⁰

Otro factor que distingue a la historia de la literatura —y de la narración misma— es que la historia separa de la trama el proceso explicativo y lo erige en una problemática distinta. Esto constituye una diferencia radical en relación con el planteamiento de White, para quien la trama es, por sí misma, una explicación. Aunque Ricœur no niega la posibilidad de una explicación histórica por medio de la trama, el trabajo del historiador mantiene características que le son exclusivas:

Con el historiador, la forma explicativa se hace autónoma, se convierte en algo distinto del proceso de autenticación y justificación. En este aspecto, el historiador se

¹⁸ *Ibidem*, p. 96.

¹⁹ *Ibidem*, p. 132.

²⁰ *Ibidem*, p. 119. Cursivas del autor.

halla en el puesto de un juez, puesto real o potencial de discusión en la que intenta probar que cierta explicación vale más que otra. Busca, pues, "garantes", a cuya cabeza se halla la prueba documental (los testimonios de Collingwood). Una cosa es explicar narrando y otra problematizar la propia explicación para someterla a la discusión y al juicio de un auditorio, si no universal, al menos considerado competente, compuesto en primer lugar por los colegas del historiador.²¹

De este modo Ricœur llega a la refutación de la tesis narrativista para la cual la historia puede ser vista como un género de *story*. En su opinión, los esfuerzos realizados para extender *directamente* la competencia narrativa al discurso histórico y filosófico (como es el caso de White) no alcanzan su objetivo, pues sólo pueden dar cuenta de las formas de historiografía evidentemente narrativas. No obstante, esto no quiere decir que no exista ningún vínculo entre historia y narración: se trata de una derivación *indirecta*. Dicho vínculo se mantiene gracias a ese "referente último", común a la historia y a la literatura. Si estas dos formas del conocimiento se parecen es porque ambas hablan, a su modo (es decir, por medio de significantes que pertenecen a diferentes órdenes del ser —acontecimientos reales e imaginarios—), de las aporías de la temporalidad, que no pueden ser expresadas directamente sin contradicción y que sólo pueden expresarse por medio del lenguaje simbólico.

Por último quiero agregar que, en mi opinión, la intención manifiesta de Ricoeur por ensanchar, profundizar, enriquecer y abrir hacia el exterior la noción de construcción de la trama —recibida de la tradición aristotélica— en el ámbito del relato de ficción²² puede ser llevada correlativamente al terreno de la historia. Si Ricoeur no se equivoca al afirmar que el concepto de construcción de la trama puede ensancharse hasta abarcar la novela del *flujo de conciencia* (de Virginia Woolf, por ejemplo), no veo impedimentos para dar tratamiento de trama a la estructura formal de obras históricas que abiertamente rechazan su caracterización como narraciones, tal como lo ha demostrado Hayden White en su análisis de la obra de Jacob Burckhardt.²³

²¹ *Ibidem*, p. 290.

²² *Ibidem*, t. II, p. 377-419.

²³ Vid. White, *Metahistoria*, p. 223-254. Dice White: "One can argue, in fact, that just as there can be no explanation in history without a story, so too there can be no story without a plot by which to make of it a story of a particular kind. This is true even of the most self-consciously impressionistic historical account, such as Burckhardt's loosely organized picture of the culture of the Italian Renaissance. One of Burckhardt's explicitly stated purposes was to write history in such a way as to frustrate conventional expectations regarding the formal coherency of the historical field. He was seeking, in short, the same kind of effect as that sought by the writer of a satire". *Tropics of discourse. Essays in cultural criticism*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 1978, 288 p., p. 62. Las cursivas son mías.

La objetividad, quimera de la historia

Evelia Trejo

Instituto de Investigaciones Históricas

Incrementar el conocimiento del pasado es la tarea central, la tarea que da razón de ser a los historiadores. Una propuesta tan antigua como el quehacer mismo consagrado a buscar ese incremento es la de conseguir un conocimiento lo más cierto posible de lo que ocurrió. En ello empeñan su esfuerzo los historiadores en todas las latitudes y a lo largo del tiempo de la historia de la historia. Esta certeza de lo que se conoce solamente es posible si se deriva de un testimonio o vestigio que pueda realmente llevarnos al pasado para traerlo hasta nosotros. Pero, en el viaje de ida y regreso están muchos de los riesgos que hacen de nuestra actividad un asunto inseguro en materia de conocimiento. ¿Es objetivo el conocimiento que obtenemos los historiadores? Ello depende en buena medida del concepto de objetividad que se tenga.

Una manera de acercarnos al problema puede ser la de reseñar las definiciones de la historiografía, entendida como la escritura de lo que se conoce del pasado, obtenidas de un número suficiente de obras elaboradas a lo largo del presente siglo, para tratar de advertir en ellas el concepto de objetividad que encierran.

Lectores poco versados en la filosofía admitirían probablemente sin reservas esta posibilidad, y los especializados en tal disciplina deberán disculpar este atrevimiento si admiten como única excusa el propósito de seguir desde mi propia disciplina —la de la historia— las formulaciones que han construido los historiadores y los filósofos interesados en presentar el trabajo de los primeros, en lugar de intentar una explicación del asunto desde una perspectiva filosófica que, por lo pronto, me es ajena.¹

Así, pues, lo que trataré de hacer explícito en la primera parte del texto es qué entienden por historiar autores como Ed Fueter (1911), George P. Gooch (1913), Benedetto Croce (1915), James T. Shotwell (1939), Robin G. Collingwood (1946), Fritz Wagner (1951), Josefina Zoraida Vázquez (1965), Georges Lefebvre (1971), Charles Olivier Carbonell (1981) y Sonia Corcuera (1997),²

¹ La primera parte de este texto fue leída en el IX Congreso Nacional de Filosofía. Textos, Contextos y Tareas de la Filosofía desde México a Fines del Milenio, Universidad de Guanajuato, Asociación Filosófica Mexicana, Guanajuato, 24 de febrero de 1998.

² Ed Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, traducción de Ana María Ripullone, 2 v., Buenos Aires, Editorial Nova [1953]; George P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, traducción de Ernestina de Champourcin y Ramón Iglesia, 1a. reimpresión, México, Fondo de Cultu-

por elegir solamente algunos de los que por lo general circulan en nuestros medios, y qué se deriva de ello que pueda resultar de interés para tratar el tema de la objetividad. Quiero simplemente comunicar qué dicen en la introducción de sus obras, que pueda interesarnos para hablar de la objetividad en la historia, quienes se han ocupado de exponer los propósitos y logros de un conjunto de historiadores, de caracterizarlos y de valorarlos; qué observan y comentan sobre el quehacer de los historiadores quienes frente al hecho mismo de la producción historiográfica, y con el fin de presentarla, se pronuncian en torno del ser y quizá del deber ser del trabajo histórico.

En la segunda parte, buscaré esclarecer lo que sobre el mismo asunto de la objetividad se desprende del tratamiento que hicieron varios de estos mismos autores de uno de los modelos de la historiografía, uno de los ejemplos de búsqueda de la verdad con base en el dato cierto, que, con más maña que razón, ha sido planteado como paradigma de la ruta que hay que seguir para lograr la tan ansiada objetividad en la historia; me refiero, por supuesto, a Leopold von Ranke.

I

Objetividad e historiografía

Ed Fueter, uno de los más acuciosos historiadores de la historiografía, inicia la presentación de sus dos volúmenes de *Historia de la historiografía moderna* escribiendo una breve advertencia en la que anuncia que se propone estrictamente lo que el título de la obra expresa, y que puntualiza afirmando que abarcará la historiografía europea “desde el humanismo hasta nuestros días”. Los días a que se refiere son los de la primera década del siglo xx, puesto que la fecha de edición debe situarse alrededor de 1911.³ Es significativa la brevedad de la advertencia,

ra Económica, 1977, 609 p.; Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, traducción de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1965, 302 p.; James T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, versión en español de Ramón Iglesia, 1a. reimpression, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 430 p.; R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, 2a. edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, 324 p.; Fritz Wagner, *La ciencia de la historia*, traducción de Juan Brom, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958, 594 p.; Josefina Zoraida Vázquez, *Historia de la historiografía*, México, Editorial Pormaca, 1965, 178 p.; Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, traducción de Alberto Méndez, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974, 342 p.; Charles Olivier Carbonell, *La historiografía*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 164 p. (Breviarios, 353), y Sonia Corcuera de Mancera, *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 424 p.

³ Fueter, *op. cit.*, aunque en la advertencia que aparece en esta edición, misma que carece de año de edición, el autor hace referencia a la obra de Gooch, escrita en 1913, tanto este último autor como Croce señalan 1911 como la fecha de edición de la obra de Fueter.

como lo es también su comentario de que "No considera la historia de las teorías históricas y del método histórico sino en tanto que ellas parecen haber influido en el desenvolvimiento de la historiografía". Fueter manifiesta su distancia del tratamiento teórico y conceptual de la materia y se propone únicamente la presentación de las direcciones principales que ha seguido la actividad de los historiadores. Procede como un historiador que acumula una rica información y la distribuye en su texto, asignando un valor a los historiadores de acuerdo con su contribución exclusivamente historiográfica al cambio de dirección en las tareas propias de esta disciplina. De manera que, según él, el criterio de objetividad de la historia es un criterio implícito que da orden y concierto a su trabajo, y no una toma de posición explícita acerca del deber ser de la historia.

Por su parte, George P. Gooch escribe su obra *Historia e historiadores en el siglo XIX* también al iniciarse la segunda década del siglo,⁴ y en ella comienza situando las limitaciones de los historiadores de la Edad Media, que no conocían el trabajo crítico de los documentos y vivían un ambiente saturado de teología. Señala que la revolución en la perspectiva de la humanidad, que empezó en Italia en los siglos XIV y XV, "condujo a la creación de algunas de las condiciones gracias a las cuales pudieron surgir *métodos objetivos* y un *concepto genético de la historia*". Considera que en el siglo XIX se da la consecución de "la libertad de pensamiento y de expresión, la penetración en distintas épocas y la juiciosa ecuanimidad de las que depende la ciencia histórica". Y, sin decir más, inicia un recorrido que abarca autores, escuelas y temas, en una disposición que merecería tratamiento aparte.

Es claro, por las opiniones de este autor, que su definición de la historiografía es la de una ciencia que requiere capacidades críticas y a la vez libertad de expresión y buen juicio para lograr su cometido. Hay en sus palabras, de manera implícita, una convicción de deber ser de la historia y un reconocimiento de los alcances que se logran al respecto, de acuerdo con las distintas época y circunstancias que se viven. Su criterio para juzgar la objetividad parecería estar sujeto a la mayor o menor cercanía de los historiadores con el modelo de la historia crítica y el abandono de las normas absolutas y abstractas para explicar la realidad.⁵

A diferencia del tratamiento que pretenden seguir en sus historias de la historiografía Fueter y Gooch, Benedetto Croce, quien publicó en alemán en 1915 y en italiano en 1916 el volumen que conocemos bajo el título de *Teoría de la historia e historiografía*, en el que reunía los escritos dados a conocer en actos académicos y revistas italianas en los años 1912 y 1913, comienza en la sección destinada a la historia de la historiografía haciendo un deslinde entre ésta y la historia de la literatura, que asimismo puede ocuparse de presentar los trabajos de los historiadores, y dice entender como función propia de la primera la de ocuparse del *desarrollo del pensamiento historiográfico*.

⁴ La obra de Gooch fue editada por vez primera en 1913.

⁵ Gooch, *op. cit.*, p. 7-19.

Croce difiere de Fueter en la opinión que este autor tiene de que debe distinguirse entre teoría de la historia e historia, y en la idea de que debe excluirse la filosofía de la historia de un tratado como el que se propone. La intención que él manifiesta para ocuparse del tema es la de recuperar la forma mental que está detrás de las historias concretas. Quiere averiguar cómo construyeron sus narraciones los historiadores. A su juicio, no hay manera de distinguir el pensamiento histórico del pensamiento filosófico, pues ambos aparecen fundidos en la narración historiográfica.

De sus proposiciones se desprendería, por lo pronto, que la objetividad que pueda advertirse en la narración tiene más que ver con la presencia del sujeto en su historia que con la que pueda esperarse de los hechos consignados en ella. Las consideraciones de Croce, sin embargo, no nos deben llevar a la suposición de que se destierra la aspiración de los dos primeros autores citados en el sentido de ver en el desarrollo de la historiografía un proceso que va en pos de la cientificidad de la disciplina.

James T. Shotwell, en su *Historia de la historia en el mundo antiguo*, publicada en 1939, afirma que "el redescubrimiento del pasado es ciencia y arte a la vez";⁶ es además "Arte, ciencia y filosofía a la vez".⁷ Y, más adelante, para enriquecer esta aseveración, agrega que es misión especial del historiador la "reconstrucción imaginativa" y que "es la actitud tomada respecto al hecho la que en último término determina si ha de ser considerado como histórico o no".

Shotwell, asimismo, hace la diferencia entre la erudición que preserva los hechos y el trabajo del historiador que pone en marcha la maquinaria de los mismos y hace que adquieran sentido cuando se les ve en acción. De Polibio en adelante, dice, la historia es el producto literario, más que la investigación en sí. Shotwell, en conclusión, insiste en que la historia es ciencia y arte, investigación y narración. Anota que, en sus dos vertientes recorre diversos caminos. Carlyle, Macaulay, Gibbon y Michelet producen magníficas narraciones históricas "aunque no sean ciertas", dice. Y, descubriendo sus expectativas respecto de este campo de conocimiento no duda en sostener: "A decir verdad, el arte en la historia parece correr, con la más perversa de las intenciones, en dirección opuesta a la ciencia."⁸ Con ello nos muestra que, de la dualidad que halla en la condición de la historia, él opta por la de la ciencia, aunque deja sin analizar el problema de asumirla como una investigación que se resuelve en narración, es decir, en arte.

Por otra parte, en el capítulo dedicado a la interpretación de la historia, Shotwell se encarga de explicar la distancia que hay entre la historia y la filosofía, la metafísica o la teología, a las que se ha acudido para dar respuesta al porqué de la historia, y, en alguna medida, concede que esas formas de pensamiento ejercen

⁶ Shotwell, *op. cit.*, p. 15.

⁷ *Ibidem*, p. 16.

⁸ *Ibidem*, p. 17-22.

una influencia poderosa en las conciencias. Entonces, si bien asume que al historiador más bien le corresponde responder qué y cómo ha sucedido lo sucedido, no aclara el papel que juegan esos mecanismos de pensamiento en el momento de establecer relaciones entre los hechos históricos, es decir, en el momento de interpretarlos. Con ello, a nuestro entender, no logra enfrentar el asunto de la objetividad que presume todo conocimiento científico del pasado.

Pero, algunos años antes de la edición de la obra de Shotwell, un autor hacía eco a las propuestas de Benedetto Croce, a mi juicio más ricas, para definir la historiografía. R. G. Collingwood en sus treinta y dos lecciones de filosofía de la historia escritas en 1936, publicadas diez años después en su propio idioma, y vertidas al español en 1952, se presenta para hablar del asunto como alguien que conoce de historia y de filosofía, y además proclama que es mejor, para tratar de estos asuntos, un historiador sin experiencia en filosofía que un filósofo sin experiencia en historia. Y, simplemente, para entrar en materia, establece las siguientes bases: "La historia es un tipo de investigación o inquisición."⁹ Genéricamente pertenece a lo que llamamos ciencia, puesto que plantea preguntas que se intentan contestar. Así, la ciencia averigua cosas, y como la historia averigua, entonces, la historia es una ciencia.

Sin embargo, de esta sencilla definición no se deriva una consideración de historia científica que nos permitiera situarnos sin más en las aspiraciones de Shotwell. No, Collingwood nos complica el asunto cuando, a la pregunta de *¿qué averigua la historia?*, responde que averigua actos de seres humanos que han sido realizados en el pasado; a la de *¿cómo procede para llevar a cabo esa averiguación?* contesta que lo hace interpretando documentos, y finalmente, cuando inquiere *¿para qué sirve?*, no duda en afirmar que sirve para el autoconocimiento humano: "conocimiento de su naturaleza en cuanto hombre".

De allí pasa Collingwood a la exposición del método indicado para conocer la naturaleza humana, e insiste en que el método histórico, y no el método científico, es el conveniente. Resuelve precisar en qué consiste tal método apuntando que el historiador distingue entre el exterior y el interior del acontecimiento, por lo cual entiende el pensamiento que hay detrás de los hechos. Es decir, el historiador investiga acciones, y en la acción, dice Collingwood, se da la unidad del exterior y del interior del acontecimiento. Se trata de discernir el pensamiento del agente de la acción. Y en la naturaleza no hay que hacer tal distinción. El historiador, pues, no observa, como el científico, sino que mira a través del acontecimiento.

Esta perspectiva desde la que Collingwood mira el trabajo de la historia, crece en complejidad y hace aún más problemático el propósito de plantear las posibilidades de encontrar objetividad en él, cuando asegura que:

⁹ Collingwood, *op. cit.*, p. 19.

El conocimiento histórico es el conocimiento de lo que la mente ha hecho en el pasado y, al mismo tiempo, es volver a hacerlo, es la perpetuación de actos pasados en el presente. Por tanto, su objeto no es un mero objeto, algo fuera de la mente que lo conoce; es una actividad del pensamiento que sólo se puede conocer en tanto que la mente que la conoce la revive y al hacerlo se conoce. Para el historiador, las actividades cuya historia estudia no son espectáculos que se ofrecen a la mirada, sino experiencias que deben vivir a través de su propia mente; son objetivas y las conoce sólo porque son también subjetivas, o actividades propiamente suyas.¹⁰

Pocos años más tarde, en fórmulas que guardan cierta semejanza con la de Shotwell, en la medida en que subraya que la historia es ciencia y narración, Fritz Wagner, quien publicó en alemán *La ciencia de la historia*, producto de un trabajo realizado en el Seminario Histórico de la Universidad de Marburgo, manifiesta que con su obra quiere “combatir la insuficiencia subjetiva que se hace notar en forma especialmente dolorosa en tareas de este tipo”. Pero al mismo tiempo reconoce que no puede dar satisfacción a todos puesto que, como sucede siempre, el resultado dependerá de su propio punto de vista.

En la introducción general, se refiere a lo reciente que es el método de la historia, y a cuán diferentes son los medios que utiliza esta ciencia comparados con los de las ciencias naturales, de modo tal que hacen imposible situarse por encima de la parcialidad humana. Asimismo, Wagner se preocupa por distinguir al historiador del filósofo y del teólogo, pero también del filólogo y del archivista, aunque dice que está en deuda con todos. “La ciencia de la historia sólo alcanza su meta propia en la deseada unidad de patrimonio de la tradición y de la reproducción narrativa.”¹¹

Según Wagner, “La ciencia crítica de la historia no puede existir sin esta capacidad artística y de plasmación, capacidad subjetiva en el fondo a pesar de todo su anhelo de objetividad”, y abunda en esto último cuando dice que esta ciencia actúa con esfuerzo crítico y trata de alcanzar el más alto grado posible de objetividad para acercarse con ello, en su campo, al ideal de la verdad. Pero, pese al esfuerzo del historiador de “no violentar en nada la vida pretérita, [...] le están vedadas la seguridad última y la objetividad absoluta en la reproducción”.¹²

Como Gooch, Wagner afirma que la ciencia de la historia no ha existido siempre; se dio en el siglo XIX, en el estadio tardío de la cultura europea, en Alemania, cuando se abrieron paso la conciencia histórica y el conocimiento histórico de sí mismo. De cualquier manera, él se propone en esta obra advertir las voces que desde la antigüedad dejaron testimonio del pensamiento histórico; para hacerlo, subraya que la ciencia de la historia no debe confundirse con la historiografía. Hasta el momento, lo que es posible advertir es que Wagner admi-

¹⁰ *Ibidem*, p. 213.

¹¹ Wagner, *op. cit.*, p. 11.

¹² *Ibidem*, p. 12.

te sin mayor problema que la objetividad es un paradigma inalcanzable para el historiador.

Bajo una óptica semejante aparece el problema en el trabajo *Historia de la historiografía* de Josefina Vázquez, un manual didáctico que, como ella misma califica, debe ubicarse como mera introducción al tema. En él, la autora dice hacer eco a las versiones que tienen del trabajo histórico Cassirer, Ortega y Gasset y, mucho antes, Vico, y hacer distancia del postulado de la historia científica de buscar objetividad, puesto que la vida personal del historiador que se opondría a ello es, a la vez, el vehículo que se requiere para comprender la historia. Emprende así la revisión del asunto con el propósito expreso de explicar las relaciones vitales de las interpretaciones de la historia con los momentos en que fueron elaboradas las diversas obras, y para ello sigue un esquema general del proceso de la historiografía, destacando sus grandes momentos. Por supuesto, coloca la ambición de convertir la historia en ciencia en el siglo XIX.¹³

El nacimiento de la historiografía moderna de Georges Lefebvre es el resultado de un curso dictado en la Sorbona. Lefebvre expone allí sus objetivos principales, entre los cuales destaca su voluntad de dar a conocer a los más famosos historiadores, comprendidos entre ellos no sólo narradores, sino eruditos y grandes filósofos, y su interés en mostrar que la historia evoluciona, que no está escrita de una vez por todas. Se refiere a la historia como memoria del género humano y particularmente señala cómo las reconstrucciones que se hacen dependen de las nociones que se desprenden de la vida de toda una sociedad. Habla de la historia pragmática y la artística como formas que no dejan de practicarse, pese a que la tarea propia de la historia "consiste en resucitar el pasado en su autenticidad".¹⁴

Frente a la inevitable parcialidad que acecha al historiador, lo único que recomienda es que éste tenga conciencia del peligro que entraña y lo evite cuidadosamente. Concede un valor especial al arte del relato como vehículo para presentar la historia, pero a la vez destaca la antigüedad de la historia explicativa y a propósito de ella afirma que: "No se vislumbra de dónde podríamos obtener una explicación de la historia, si no es de nosotros mismos."¹⁵

Para Lefebvre, el progreso de la ciencia histórica ha consistido en profundizar y en precisar la investigación de las causas de los sucesos. Considera el caso de la filosofía de la historia y el de la necesidad permanente del hombre de esclarecer una causa primera o de encontrar un orden racional en la historia, y ubica el resurgimiento de la filosofía de la historia como una consecuencia de los avances del conocimiento positivo. Concluye con la presentación de la historia erudita, fruto tardío de la reunión de ambos ejercicios. "Al operarse esta aproximación, nuestra disciplina ha quedado transformada de arriba a abajo", asegura, y

¹³ Vázquez, *op. cit.*, p. 11-16.

¹⁴ Lefebvre, *op. cit.*, p. 18.

¹⁵ *Ibidem*, p. 21.

con esta frase hace evidente el peso que concede a la erudición como contrapeso de las tentaciones que cercan al historiador.

Ahora bien, en el último cuarto de este siglo, Charles Olivier Carbonell publica en Francia un manual cuya intención es dar a conocer la diversidad de modos de representación del pasado en el espacio y en el tiempo, y, por ello, sin mayor problema define a la historiografía como “la historia del discurso —un discurso escrito y *que dice ser cierto*— que los hombres han hecho sobre el pasado; sobre su pasado”. Lo anterior quiere decir, si se atiende a las palabras subrayadas, que se mantiene vigente la convicción de que la historiografía es discurso, que pretende certeza, y que es elaboración de hombres para consignar algo que les es propio. Carbonell ve en la historiografía el mejor de los testimonios que podemos tener sobre culturas desaparecidas. Y aun aclara que “Una sociedad no se descubre jamás tan bien como cuando proyecta tras de sí su propia imagen”.¹⁶

Finalmente, en nuestro medio, Sonia Corcuera de Mancera, profesora de cursos de Historiografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, presenta en 1997 sus *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, y no duda en asentar en la primera página, que la historia siempre ha querido ser ciencia y que en la actualidad el principal obstáculo para lograrlo no es de orden metodológico, puesto que los métodos se han afinado y las propuestas se han multiplicado. “Pero no es posible exigir al hombre o a la mujer que la practican que abandonen, ni siquiera cuando *piensan como historiadores*, sus preferencias particulares ni esperar, en aras de una supuesta objetividad, que puedan dejar a un lado lo que son.”¹⁷

En suma, confío en que estas breves notas, muy preliminares todavía, puedan indicar el mar de fondo que hay detrás de las narraciones sobre el pasado que construyen los historiadores con la intención de decir algo verdadero sobre lo que le ha ocurrido al hombre. En algunos pasajes de las obras de quienes observan su quehacer se hace evidente el hecho de que objetivar la realidad en la narración de la historia resulta una quimera; y, sin embargo, la manera en la que el historiador resuelve su discurso permite advertir que, pese a todo, no renuncia a tan osada empresa.

II

El caso Ranke

Con el fin de que una presentación de los juicios expresados por cada uno de los autores seleccionados para este estudio en torno del historiador prusiano Leopold von Ranke contribuya a esclarecer el concepto de objetividad con el que opera-

¹⁶ Carbonell, *op. cit.*, p. 8.

¹⁷ Corcuera, *op. cit.*, p. 7.

ron, sigo a continuación un somero recorrido por las obras mencionadas en la primera parte.¹⁸

En el esquema de Ed Fueter aparece Ranke, en uno de los varios pasajes en que lo hace, acompañando a Thierry en el apartado dedicado a la escuela narrativa, dentro de la sección denominada "La narración romántica y la doctrina del color local", y bajo el subtítulo Agustín Thierry y Ranke: diferencia de sus métodos. Fueter sitúa frente a frente a estas figuras porque piensa que la *Historia de la conquista de Inglaterra* (1825) y *Pueblos romanos y germánicos* (1824) son dos obras que pueden fechar una nueva era en la historiografía de sus dos países; afirma que, si bien ambos autores introdujeron la forma romántica en la historia erudita, difieren entre sí en el grado de crítica de fuentes, muy superior en el caso de Ranke, quien "acompañaba su narración de un volumen de investigaciones donde era examinado desde muy cerca el grado de confianza que merecían las fuentes utilizadas".¹⁹ Ranke pedía remontarse a fuentes de primera mano, dice, y subraya que el historiador quería simplemente mostrar *wie es eigentlich gewesen*. Por ello, podríamos concluir que Ranke, en la óptica de este autor, aporta a la historiografía un método para asegurar la certeza del dato que se consigna.

En el capítulo dedicado expresamente a Ranke, Fueter asegura que fue: "El más grande maestro del método de crítica filológica [...que] rechazó las especulaciones dogmáticas del Romanticismo y no conservó de sus lecciones nada más que lo que estaba de acuerdo con su observación empírica del presente." Y, con esta última frase, deja abierta la puerta para inquirir acerca del tipo de experiencia cultural que permitió a Ranke interpretar sus fuentes documentales como lo hizo. Esto es, una vez asegurado el sitio que corresponde al célebre historiador por su contribución con un método crítico para rescatar la historia, Fueter nos da elementos para ir más allá de él y clarificar que su obra está profundamente influida por las experiencias políticas de su época. Pese a todo, reitera que Ranke estaba persuadido de que el historiador debía describir, no juzgar, las tendencias dominantes como otras fuerzas vivas.

Según Fueter, Ranke ofrece la mejor lección de empirismo histórico cuando ubica las relaciones entre Estados como determinantes para explicar los sucesos ocurridos en la Europa que estudia. En suma, el empirismo de Ranke frente a la experiencia vivida se convierte en el mejor respaldo para su posibilidad de historiar. Asimismo, Fueter encuentra en el prusiano una concepción artística que lo llevaba a ver la historia como esteta y una psicología histórica que le permitía penetrar en pensamientos y sentimientos y enriquecer su calidad como historiador. La única limitante que señala en este orden es que Ranke obtenía mejores frutos cuando aplicaba esa capacidad a naturalezas afines a la suya.²⁰ Subraya esa

¹⁸ De los trabajos considerados en la primera parte de este texto, en esta sección no incluiré el de Shotwell, en vista de que dentro de los límites temporales de su estudio no cabe la presencia de Ranke.

¹⁹ Fueter, *op. cit.*, p. 125.

²⁰ *Ibidem*, p. 154.

necesidad de análisis psicológico como lo que hizo de Ranke el maestro del método filológico crítico que lo llevó a poner en tela de juicio a los mejores historiadores y a preferir, por sobre todas, las fuentes primarias. Por último, cabe señalar su crítica a la confianza que muestra Ranke en los documentos, sin percibir que también en ellos existen tendencias.

Con algunas apreciaciones distintas, pero en lo sustancial de acuerdo con Fueter, George Gooch dedica por entero el capítulo sexto de su obra a Ranke. Logra un seguimiento muy apropiado de todos los pasos que lo condujeron al sitio que le ha dado la historia de la historiografía al plantear, por ejemplo, que desde joven "ya poseía la imperturbable tranquilidad que había de ser uno de los elementos de su fama",²¹ que se inclinó hacia la historia no con motivo de los acontecimientos que vivía, como Niebuhr y los historiadores de la escuela patriótica, sino "por sus deberes profesionales". Esta asepsia para tratar el pasado, sin embargo, debe matizarse con el comentario que hace de que Ranke creyó posible acercarse más a Dios por la historia. Pese a esto, Gooch no duda en señalar que: "Aunque en la superficie de la obra sobrenadaba una buena cantidad de teología, el cuerpo del trabajo se mantuvo inmune."²² A fin de cuentas en el trabajo del que se ocupa aparece el manifiesto que se ha hecho célebre de que no pretende juzgar ni instruir, sólo mostrar lo que de hecho ocurrió.

Gooch, de manera que se antoja ambigua, califica la primera obra del notable historiador como un libro que "constituyó un evidente progreso en el tratamiento objetivo de la historia europea", pero a la vez añade que quizá sus méritos no estén a la altura de su fama, pues esa obra es en esencia una compilación. Y, adelante, aclara que la novedad del método de Ranke residía "en su empeño de captar la personalidad del escritor y en averiguar de dónde procedía su información".

Desde un ángulo diverso al de los dos autores mencionados, el italiano Croce y el inglés Collingwood dan su veredicto sobre el historiador prusiano, y en ambos casos, como se verá, no está puesto el acento en las bondades del método crítico que convencionalmente se hace encarnar en Ranke.

El viaje que ofrece Benedetto Croce para mostrar el desarrollo del pensamiento historiográfico se divide en cinco etapas que van de la historiografía grecorromana a la del positivismo, pasando por la correspondiente al pensamiento medieval, del Renacimiento, del Iluminismo y del Romanticismo. Ranke hace acto de presencia como parte del elenco del pensamiento positivista, que en términos generales se define en la historiografía como un trabajo aparte de la filosofía, con preferencia en el tema de las historias nacionales o monográficas, pretensión de no alterar con el pensamiento político el relato de los hechos, abstención de juicios sobre la cualidad de los hechos narrados, puesto que lo importante para el historiador era la realidad y no el valor de los hechos, y, en suma, una actitud que neutralizaba las diferencias y oposiciones en un sabio escepticismo o

²¹ Gooch, *op. cit.*, p. 83.

²² *Ibidem*, p. 85.

agnosticismo. Para lograr este conjunto de cometidos hubo especial predilección, dice Croce, por trabajar con fuentes diplomáticas. Ranke, en tal enfoque, se presenta como "el mayor de todos los historiadores de esta escuela".

Él, justamente, combatió siempre, y ayudó bastante a desacreditar entre los historiadores a la filosofía, y en particular a la hegeliana; pero decorosamente, guardándose de toda palabra ruda o demasiado fuerte, y profesando la firme convicción de que en la historia está la mano de Dios, una mano que no se puede aferrar con las nuestras, pero que nos roza el rostro y nos hace advertir su acción.²³

Desde su primer trabajo, nos recuerda Croce, Ranke dijo sentirse solamente en condiciones de ir mostrando *wie es eigentlich gewesen* "cómo ocurrieron exactamente las cosas". Y, en general, admite que el éxito alcanzado por el autor en esa línea lo señala como el maestro de muchos, dentro y fuera de su país. Aunque también repara en que sus seguidores no siempre tuvieron la inteligencia, el equilibrio y la fineza que lo caracterizó.

La historia que llama *diplomática*, promovida por Ranke, es la que, según Croce, se identifica con la cientificidad como forma paradigmática. Y, al parecer, es a los seguidores de Ranke, cultivadores del método filológico de la historia erudita, a quienes responsabiliza de practicar una altanería pseudocientífica que se difunde por Europa y América. Un método documental, trabajo de filólogos, que pretendió rivalizar con la filosofía y la teología, y despreció a Schelling, Hegel, Herder y Schlege, puntualiza. Un método que conducía más bien a compilaciones, que mostraba fe en el relato apoyado en textos repetidos, pero no pensados, y que gustaba de denunciar los errores de erudición en que incurrían los historiadores filósofos.

En fin, cuando Croce se ocupa de la crítica de Ranke encuentra que, pese a su habilidad e ingenio, "se veía obligado a reconocer potencias e ideas que superan a las naciones, y que, en cuanto tales, requieren ser justificadas especulativamente en una filosofía o en una teología".²⁴ Además afirma que: "No menos ilusoria era la loada imparcialidad y objetividad, que se apoyaba sobre una astucia literaria de medias palabras, de sobreentendidos, de prudentes silencios."²⁵ Así el historiador, inicialmente admitido como exitoso con referencia a su propia propuesta, es sometido por Croce a un examen que lo descalifica. Para terminar muestra, por ejemplo, lo que califica de una débil coherencia de los conceptos directivos de Ranke, citando las palabras que aparecen en su *Historia universal*: "No se puede hablar ni entre los antiguos ni entre los modernos, de un tranquilo y uniforme desarrollo progresivo de la historiografía, porque el objeto mismo se forma en el curso del tiempo y es siempre distinto, y las concepciones dependen siempre de las circunstancias entre las cuales el autor vive y escribe."

²³ Croce, *op. cit.*, p. 233.

²⁴ *Ibidem*, p. 240.

²⁵ *Ibidem*, p. 241.

¿En dónde coloca Robin G. Collingwood a Leopold von Ranke? Pues bien, Ranke aparece en el último apartado del capítulo "El umbral de la historia científica", específicamente en la sección novena que lleva por título "El positivismo". A éste lo define como "la filosofía actuando al servicio de la ciencia natural, así como en la Edad Media la filosofía actuaba al servicio de la teología".²⁶ Sus supuestos eran que la ciencia natural trataba de descubrir hechos y de fijar leyes, dice Collingwood, y bajo esa influencia surgió lo que puede llamarse historiografía positivista. La tarea que se propusieron los historiadores se limitaba a dar cumplimiento a la primera parte de las asignadas a la ciencia, e inclusive la promoción del método de la crítica filológica para manejar las fuentes otorgó a los historiadores una autonomía en ese renglón que evitó su sujeción a los esquemas promovidos por el positivismo y el evolucionismo que tendían a exigir el descubrimiento de leyes generales. Allí, en los estatutos que dieron autonomía al trabajo histórico, aparece mencionado el historiador de los pueblos romanos y germánicos y citada su célebre frase *wie es eigentlich gewesen* (como se ha producido esto exactamente).

La interpretación que Collingwood hace del método anunciado lo lleva a advertir los riesgos que éste implica: cortar el campo de lo cognoscible en una infinidad de hechos minúsculos, lo que difícilmente podía desembocar en el manejo de problemas de gran escala para la historia, y separar al sujeto cognoscente del hecho conocido, lo cual produciría efectos paralizadores en el historiador al impedir el uso de juicios. Nada que no pudiera ser comprobado valía la pena conjeturar para proporcionar una explicación de la historia.

Collingwood invoca el nombre de Ranke para ejemplificar el empantanamiento de la historiografía positivista, puesto que una historia bajo el método que pregonaba no podía dar cuenta sino del acontecimiento externo, dice, y no del pensamiento que daba lugar al acontecimiento; una historia así, en su opinión, propició la identificación de la historia con la historia política, y dejó fuera muchos otros temas, tales como el arte, la religión y la ciencia.

El vicio de origen de toda esta concepción desde luego lo ubica Collingwood en la idea que se formaron esos "positivistas", entre los que sitúa a Ranke, de que el hecho en la historia es algo dado inmediatamente a la percepción, es decir, un hecho empírico como el que estudia la ciencia; pero en la historia, dice, un hecho tiene un sentido distinto y escapa a quienes no se preguntan por la condición de conocimiento que requiere el estudio de la historia.²⁷ En fin, aquí Ranke, quien concurre sólo de paso, sirve para mostrar, junto con otros, lo que no se debe hacer en la historia de acuerdo con Collingwood: partir de la objetividad de los hechos suponiendo que existan de la misma manera que existen los hechos de la naturaleza.

²⁶ Collingwood, *op. cit.*, p. 129.

²⁷ *Ibidem*, p. 129-135.

El Leopoldo Ranke que aparece en las páginas de la obra de Fritz Wagner es mucho más completo. Dentro de la tercera parte de su obra, en la sección titulada "La aportación clásica alemana", el autor dedica un capítulo a su célebre antepasado. Lo hace derivar de la Escuela Histórica de Derecho y de la especulación dinámica de Hegel, pero juzga que su herencia llega de mucho más atrás. Lo denomina filólogo, pensador y artista. Y, a partir de esto, revela su visión de un sujeto que hace visible lo complejo del conocimiento histórico: "une la intuición con la crítica, hace que se encuentren las ideas con los hechos, pone lo individual en relación inmediata con Dios y lo encierra simultáneamente en relaciones humanas más estrechas y más amplias, busca la verdad, analizando críticamente las fuentes y soñando simultáneamente con sus secretos".²⁸

Para Wagner, Ranke no cae en un agnosticismo escéptico debido al núcleo protestante de su ser. Asegura que: "La polaridad de las tensiones entre hombre y Dios formaba para él la base de un proceso creador de la historia, cuyo sentido captaba intuitivamente."²⁹ Subraya el tono religioso que se apreciaba en todas las etapas de su vida como historiador, y afirma que los ejemplos que muestra adelante permiten ver a Ranke como un científico metódico para quien la fuente narradora, pero no el documento jurídico ni el registro de negocios, llega a ser el medio fundamental de conocimiento, y que él se compenetra mejor con los aspectos individuales que con los colectivos.

Su selección, como muchas de las que aparecen en esta riquísima antología que es *La ciencia de la historia*, efectivamente da razón de un Ranke ávido de dar cuenta de lo *real espiritual*, un Ranke que sitúa como misión del historiador entrañar las grandes tendencias de los siglos. El Ranke que recomienda el estudio de lo particular como camino hacia lo general y que tiene como ejes de la historia la idea de Estado y de Iglesia, de lo diverso y lo universal. El que mira a la historia como jeroglífico sagrado y, aunque distingue su estudio del de la filosofía, admite la coherencia interna que hay en ella. El Ranke que no concede lugar a la imaginación en el trabajo del historiador, pero insiste en que perseguir la veta espiritual de las cosas es todo el placer del estudio de la historia. En fin, Wagner ilustra a un Ranke que, además del método crítico, tiene como herramienta para conocer la historia un afán por comprender en lo particular lo general: "Desearía que enmudeciese por completo mi voz propia para dejar hablar de por sí a las cosas y a las poderosas fuerzas que, habiendo surgido y cobrado vigor en el transcurso de los siglos, se enfrentan ahora las unas con la otras, empeñadas en una lucha horrorosa y sangrienta, pero decisiva para los más importantes problemas del mundo europeo."³⁰

Curiosamente, los dos autores franceses seleccionados en este repertorio coinciden en su aproximación a Leopoldo Ranke, y fijan la atención una vez más en el método; y, si bien no lo elogian como Fueter o Gooch, están muy lejos de las

²⁸ Wagner, *op. cit.* p. 225.

²⁹ *Ibidem*, p. 226.

³⁰ *Ibidem*, p. 244.

críticas de Croce o Collingwood y, desde luego, no se interesan por el tipo de asedio que practica Wagner con el ilustre historiador.

Georges Lefebvre, en esa caprichosa y a la vez deleitante exposición que hace de la historiografía moderna, coloca a Ranke en un apartado que llama "Segundo viaje: Alemania". En él distingue la historiografía alemana del siglo XIX, porque en ella reaparece la crítica histórica y el método erudito que Francia había creado en los siglos XVI y XVII.

En Alemania, según Lefebvre, la erudición se incorpora a la historia, y Ranke es el ejemplo del historiador erudito y crítico. Reconoce que difícilmente se encuentra en Francia un equivalente y que la veneración de que goza no sólo se debe a que fue metódico y erudito, sino a la envergadura de su obra. Critica, como otros, su exceso de credulidad en los documentos; piensa asimismo que el hecho de ser un artista lo salvó del misticismo alemán; reconoce que lo mejor que hizo fueron sus estudios psicológicos; lo ubica en la tradición racionalista, y también descubre, en su expresión historicista que se capta en la frase de que cada pueblo es inmediato con Dios, su creencia metafísica.³¹

Charles Olivier Carbonell, por su parte, incluye a Ranke dentro de un apartado del capítulo denominado "El siglo de la historia", que lleva por título *La historia erudita*. Asegura que en un contexto más propicio a las pasiones que a la objetividad, es decir, el contexto en el que el vínculo entre el Estado y la producción historiográfica se ha estrechado, nace la historia erudita. Y, desde luego, concede a Ranke (1795-1886) el puesto de su fundador. Añade que es el primero de los grandes historiadores universitarios alemanes que habría de ser considerado maestro y modelo.

¿En que consistía el modelo Ranke, según Carbonell? Básicamente en asociar en su método la erudición y la escritura, narrar y explicar, no juzgar ni filosofar, sino sacar la sustancia de las fuentes primarias rebuscadas en archivos y bibliotecas, y escribir obras sólidas, precisas, detalladas, voluminosas, siempre remitidas a las notas al pie de página que daban fe de los documentos consultados. Nada que no fuese comprobable. El objeto del historiador no era ni deducir leyes ni enunciar la causa general. Simplemente debía mostrar "'cómo se ha producido esto exactamente'".³² Y en ello desde luego se admite la fundación de la historia como una ciencia positiva, como un oficio, el del historiador que se daba sus reglas de ejercicio, concluye Carbonell.

He dejado para el final las observaciones de las dos autoras mexicanas, aun cuando entre unas y otras debieran aparecer las de Lefebvre y Carbonell, en vista de que encuentro en el tratamiento que hacen de Ranke afinidades similares a las que aparecen entre los dos autores franceses. Pese a la diferencia de enfoques y de estilos, se impone en las obras de Josefina Vázquez y de Sonia Corcuera una nota común: acentúan el interés de Ranke por remitir el hecho

³¹ Lefebvre, *op. cit.*, p. 273-278.

³² Carbonell, *op. cit.*, p. 119.

aislado que estudiaba a un todo que le daba sentido, y puntualizan también el hecho de que los discípulos de tan gran maestro eligieron de él lo menos grande, la receta para obtener datos verdaderos, cuando él fue rico en agudeza psicológica para captar a sus informantes y revistió sus textos de color y de pasión.³³

Sonia Corcuera abunda un poco más en las dificultades que se advierten en Ranke para probar la objetividad que buscaba, y aprovecha los comentarios de Hayden White para destacar la falsa idea del prusiano de que el solo estudio de los materiales podía conducir al historiador a alcanzarla.³⁴ Y finalmente puntualiza la meta que el propio Ranke se había trazado: alcanzar una verdad ubicada más allá del dato particular, que se halla en la trabazón de los acontecimientos, es decir, en un linderó que vincula a la historia con la filosofía.



³³ Vázquez, *op. cit.*, p. 135.

³⁴ Corcuera, *op. cit.*, p. 134.

Una primera conclusión que parece factible es que para los historiadores, sobre todo los de principios de siglo, la objetividad es un paradigma susceptible de ser alcanzado cuando se depuran los métodos críticos para manejar las fuentes de conocimiento del pasado, y se marginan los elementos de la filosofía que pueden provocar interferencias. En segundo término, puede observarse que, en la primera década del siglo, es posible advertir también la convicción de que dicho conocimiento no es sino el resultado del pensamiento histórico que, para serlo, requiere de la presencia del sujeto cognoscente. A mi juicio, esta segunda propuesta logra imprimir un matiz tal al tema del conocimiento histórico que, hoy por hoy, puede afirmarse que la objetividad que logra el historiador radica en la manera en la que él, su tiempo y su indagación se hacen presentes en una narración, y no propiamente en la certeza de que lo que allí se asienta ocurrió de esa manera.

A lo largo del siglo xx, dos evidencias, en cuanto se refiere al trabajo historiográfico, quedan plasmadas en el tratamiento de su historia. Por una parte, la creencia en que el siglo xix heredó el método que hace confiable el conocimiento histórico y que es la vía para elevarlo a la categoría de ciencia. De ahí que en la práctica de la historiografía se haga uso y abuso de él como forma de demostrarlo, con lo cual se consigue un simulacro de objetividad, un pretendido retrato fiel del pasado. Por otra, para quienes aceptan la intervención del individuo que conoce como la única posibilidad de dar coherencia a los testimonios dispersos de la historia que con esfuerzo disciplinario acopia y critica, la objetividad que se consigue es la de una amalgama entre el historiador y el pasado que intenta rescatar, es decir, tan sólo una representación de lo que pudo suceder.

La segunda conclusión a que me conduce este primer acercamiento al tema de la objetividad en las historias de la historiografía es que efectivamente el caso Ranke amerita un estudio concienzudo y que, enfocararlo con la debida atención por la vía aquí propuesta, puede conducir a una muy deseable revaloración de estas historias como muestras fehacientes de lo que significa la subjetividad y lo que implica la representación. Las obras de Ranke como objetos de análisis multiplican su importancia cuando se atisban en el prisma de las historias que pretenden dar cuenta de lo que realmente fueron.³⁵

³⁵ Una obra, mucho más especializada que las aquí presentadas, que en cualquier estudio sobre Ranke se impondría es la de Georg G. Iggers, *The german conception of history. The national tradition of historical thought from Herder to the present*, Wesleyan University Press, 1968, 388 p. En nuestro medio, este trabajo, como otros del autor, ayudaría a aclarar las razones por las que la figura de Ranke requiere una revaloración, y nos haría compartir con otros estudiosos de diversas partes los daños derivados de ensalzar o denostar a un historiador en muchos casos mal conocido y aun peor interpretado.

Biografía e historia. Un amor extraño

María Rosa Palazón

Instituto de Investigaciones Filológicas

Desde la filosofía de la historia, y con la esperanza de iniciar un diálogo con sus estudiosos, que tienen la palabra más autorizada sobre este asunto, en estas páginas he optado por plantear una serie de cuestionamientos sobre las extrañas relaciones amorosas de la biografía y la historia. Atenderé asimismo algunos de los presupuestos de fondo al respecto, sean éstos aplicables o no a ciertas obras particulares con las que no conté ni, dadas mis limitaciones informativas, pude tener en mis manos.

Para evitar desviaciones en este potencial diálogo, aclaro que no coincido con el punto de vista de Hegel y Althusser, que niega a los sujetos el papel de verdaderos agentes históricos, venerando, en contrario, a las cambiantes normas de una organización colectiva como lo autocreativo, o *autopoietico*. Tal planteamiento introduce de soslayo una "astuta" Razón (así, con mayúscula) como la generadora de los procesos históricos, siendo los individuos (o al menos la mayoría de éstos) simplemente su brazo ejecutante o, si se prefiere, sus títeres.

Me pregunto de entrada si la biografía propiamente dicha es un género histórico o literario. Éste es un asunto arduo y no de fácil solución. Aun cuando en la *Poética* de Aristóteles se distingue la historia de la literatura, ejemplificando las tareas de la primera con los lineamientos que debe cumplir si su objeto de estudio es la vida de Alcibíades, yo no conozco muchas biografías hechas por historiadores. En cambio sí abundan las crónicas al respecto que, de acuerdo con sus autores, quedan en una tierra de nadie, donde ocasionalmente incursionan notables historiadores y literatos, o quienes son ambas cosas. Muchos hombres sabios, sea el caso de Francisco Sosa, han ocupado este *no man's land*. A los hombres de letras les apasiona la historia, aunque no siempre manejan el mismo principio de realidad que los historiadores. A la mente me vienen, por ejemplo, los textos biográficos que combinan la realidad y la ficción de Stefan Zweig, entre otros, en el entendido de que tampoco esta modalidad literaria cuenta, en comparación con otras, con demasiados ejemplares, como ya detectó Virginia Woolf en "La nueva biografía".¹

¹ En *Crítica. Revista Cultural de la Universidad Autónoma de Puebla*, nueva época (agosto-septiembre de 1994), 58:66.

A medida que nos remontamos en el tiempo, los vasos comunicantes entre literatura e historia son más abundantes, según descubre muy claramente don Quijote de la Mancha, para quien ambas van reescribiéndose no al margen de innumerables fantasías, y en prueba dice que corren libros impresos, con licencias de la censura y celebrados por gente de cualquier estado y condición, que hablan de Héctor y Aquiles, de Bernardo del Carpio y del Cid, así como de los fabulosos hechos que ocurrieron en ciertos reinados españoles y otros que dan fe de las extrañísimas batallas por el Santo Grial y de las sobrenaturales vivencias de los caballeros de Santiago y Calatrava. Acaso, me pregunto yo, *¿De rebus gesti Alexandri Magni* de Q. Curcio Rufo no inspiró el igualmente imaginario medieval *Poema de Alexandre*?

En la camisa de once varas del género biográfico, la fantasía es proclive a desbordar el principio de realidad, u objetividad, comprometido con una correspondencia entre los hechos acontecidos y la descripción histórica. Tengo en mente el texto que acabo de mencionar, *De rebus gesti Alexandri Magni*, donde se pasa del dato comprobable a la leyenda, lo que explica por qué sirvió de inspiración al medieval *Poema de Alexandre*.

Hoy en día, sin embargo, estamos bastante más seguros de que cuando en una biografía abundan los guiños de la ficción se trata de un producto artístico; cuando una al tenor se ofrece como historia ¿nos ha tendido una trampa?

No es raro que voluntariamente el novelista haya pretendido aportar datos fidedignos acerca de un acontecer, es decir, dejar fuentes testimoniales verdaderas y no sólo verosímiles. Muy leídos de este sentido se hallan los cuentos maravillosos que antropomorfizan los hechos o valores —ejemplifico con el famoso relato de los hermanos Grimm, cuyo mensaje principal es la necesidad de unir o casar el agua, simbolizada por una rana, con el sol, simbolizado por una princesa que jugaba con una bola dorada. En cambio, numerosas memorias, biografías y autobiografías pretenden hablar de la realidad desde una estricta referencia o “relación isomórfica” entre lo dicho y lo acontecido, aunque claro está que, a pesar de estas intenciones expresas, a veces entretejen los datos, que supuestamente “retratan” de manera fidedigna la realidad, con las interpretaciones muy subjetivas o personales de su autor, por ejemplo las de M. Emilio Escuro, Rutilio Rufo, Q. Lutacio Catulo y, por supuesto, el nada modesto dictador Cornelio Sila. Tales pretensiones de “fidelidad” del discurso respecto de lo que aconteció son el principio básico de la historia desde que se separó de sus dos madres, la mitología y la leyenda.

Debido a esta orientación de “veracidad”, las obras literario-biográficas se entregan al historiador como fuentes testimoniales confiables, no como historia propiamente. Ahora bien, ¿un historiador puede asumir el modesto papel del biógrafo que deja a la posteridad meros documentos sobre las vidas de unos sujetos que ocuparon el mando o el poder, llamémosle “ejecutivo”, de un país o de un

espacio geográfico menòs extenso —presidentes nacionales, gobernadores de un Estado o de un municipio, dictadores, monarcas, señores feudales...? ¿Actúa entonces el estudioso como un testigo de la historia, o como un historiador propiamente dicho, o como alguien que aún cree que los gobernantes de un lugar necesariamente son los verdaderos agentes o "protagonistas" del desarrollo histórico? No siempre, pero sí frecuentemente, la puesta en escena del género biográfico ha identificado los nombres distintivos de quienes mandan como los motores de la evolución social; pero este modo de proceder olvida que la acción de las poblaciones que estuvieron en un cronotopo se inscribe en una "red de araña", o realidad sistémica u *holística*, donde por definición existe tal relación de elementos que lo que provenga de la parte altera (más o menos) el todo. Excluir, como acostumbra cierta enseñanza escolarizada, estas imbricaciones para centrar el texto exclusivamente en la vida de alguien "poderoso" no sólo cae del lado de la mítica historia de héroes y villanos, sino que además avala el "monologismo", esto es, la política autoritaria y vertical con que se afianza ideológicamente el poder de dominio, el cual encuentra también en los medios masivos de información un instrumento para sus fines. ¿Puede haber una historia contestaria que presente a las cumbres del poder como factores dominantes negativos de una organización social?

Michel Foucault le ha seguido las huellas al poder de dominio, dando impresionantes saltos en el tiempo y en la geografía. Desde las primeras páginas de sus obras expresa sus abstractas, que no por ello desacertadas, observaciones de la tramposa imposición, a lo largo de la historia, de unos cuantos con capacidad de decidir e imponerse: maestros, psiquiatras, gobernantes... Su campo es la filosofía política; pero, si recurre a la historia, sus objetivos no coinciden con los del historiador. Otras serían las expectativas que habría de despertar un libro que realizara un planteamiento histórico-político, sea la legitimidad del Estado, analizándolo desde unas precisas coordenadas espacio-temporales; otras, porque estaría prometiendo no subrayar una y la misma propuesta —la imposición desde el poder—, sino detenerse en la unicidad de un complejo proceso, donde los que mandan y sus peripecias vitales son tan sólo una pieza del rompecabezas. Si no cumpliera la palabra empeñada, ese libro ¿se separaría tanto de la novela histórica cuanto de la historia propiamente dicha? ¿Acaso su defensa de una y la misma hipótesis, a saber, que, por ejemplo, los monarcas determinaron unilateralmente el desarrollo de un ámbito durante siglos, cae más en el lado de un tipo de filosofía política, o de la epopeya, que en la historia?

Ilustro este asunto de las precisiones a que obliga la unicidad. Desde el imperio mexica, el virreinato, las dictaduras y las repúblicas, en México ha habido un Ejecutivo fuerte, con un poder de dominio aplastante. Ésta es una plausible opinión general y abstracta; el historiador debe ir matizándola, según los hechos acontecidos en el cronotopo que elija como materia de estudio. Como actual-

mente soy una vieja de antigüedad, según calificativo de un romance medieval, calzándome con las botas del historiador me atrevo a decir que no se comportaron igual todos los emperadores mexicanos, ni los virreyes, ni los reyes, ni los presidentes, ni los dictadores, ni los funcionarios de México. Si no me equivoco, los hubo francamente débiles; otros padecieron los embates de las capas altas, de la nobleza, del alto clero o de la burguesía financiera; y en etapas recientes otros presumiblemente se han ligado a los macabros caminos de la narcoeconomía mundial que nos aqueja.

Los cortes que fija el historiador deben tener una unidad que permita diferenciar el periodo en cuestión, para que proceda a explicarlo en él mismo y desde un antes y las expectativas de un futuro, y en su tránsito o devenir en la serie histórica, es decir, en y según la cadena de sus antecedentes y de sus efectos o consecuencias. Tales cortes han de justificarse en esta clase de unidad, que no necesariamente coincide con el periodo de vida activa de un individuo, a saber, el biografiado.

El que selecciona jerarquiza de acuerdo con un criterio sustentado en las evidencias factuales: dada la complejidad del desarrollo histórico, y aun aceptando que en el México prehispánico y en el independizado ha existido un fuerte o gran poder de las "cimas" gobernantes en turno, ¿sus biografías ofrecen las condiciones necesarias y suficientes para explicar tal desarrollo? Este tipo de criterio, el biográfico, ¿podría caer, aun sin pretenderlo, más del lado de los presupuestos del poder de dominio que en la historia?

En la visión sistémica u *holista* del historiador, que ha dado un paso más allá de la crónica, su punto de partida y llegada es una organización social que, por definición, se desarrolla en un cronotopo. En este mismo panorama se inscriben algunas novelas históricas, aunque las descripciones de la *Guerra y la paz* de Tolstoi, por ejemplo, refieren un "mundo posible" y una manera de orientarse en él, sin que sus "verosímiles" descripciones inviten a que se interpreten siguiendo la correspondencia a que está comprometido el historiador. Admitamos, sin conceder, que la biografía es una herramienta adecuada cuando unos "protagonistas" han ejercido individualmente la mayor influencia social; pero, ¿qué criterios selectivos biográficos ha de asumir el historiador que centra su investigación en las vidas, y cómo ha de conectarlas con el sistema social? ¿El historiador debe o no seleccionar el ramillete de anécdotas vitales, enlazándolas verazmente con el curso que tuvo la organización social que estudie? Otro punto neurálgico del problema es: ¿qué aportan las biografías de cada uno de los gobernantes que sirva para clarificar los hechos acontecidos, o sea la historia de un cronotopo social?

Hagamos un alto en este asunto del protagonismo. Dentro de esta tierra de nadie de la biografía, muchos textos fueron destinados a ensalzar las "glorias nacionales", sean el caso los de M. Terencio Varrón y de Cornelio Neponte, que repasan las hazañas o "hechos gloriosos" de hombres célebres, deteniéndose en las virtudes de los individuos de "excepción", y cabe recordar también aquel tratado de las vidas de los césares —desde Julio César hasta Adriano— escrito por Suetonio Tranquilo, que recrea las costumbres de un espacio-tiempo mediante datos obtenidos en archivos. Dándose entre ellas una diferencia de grado, que no de esencia, tales incursiones en la biografía de los "héroes" son, en definitiva, formas de adulación. Piénsese en cómo la *Historia augusta*, obra colectiva, ensalza a Dioclesiano y Constantino, y en cómo no economiza alabanzas y abunda en hazañas de hecho irrealizables la *Historia de los césares* de Aurelio Víctor. Este somero enlistado de autores, al que podríamos añadir los nombres de Celius Antipater, Valerius Antias y L. Cornelius Sisena, nos remite a crónicas del poder personalizado en alguien, en el actor del drama, en las que la "masa" de sus gobernados es tratada como mera comparsa. Tales repasos cronológicos, aderezados con la salsa de la leyenda y de la deificación, consagran a un individuo por el simple hecho de ser un César, un emperador o un presidente, y secundariamente a sus aliados y a sus colaboradores, como los verdaderos y únicos agentes de la historia. Y si en estos ejemplos me he remontado en el tiempo es porque, a medida que las distancias respecto de nosotros se alargan, crecen exponencialmente las alabanzas de corte y el menosprecio de aldea, que tomaron la letra escrita como medio de "inmortalizar" a los "héroes" de la historia. Siendo la escritura misma privilegio de las clases altas, muchas biografías no dudan de la obligación que tenemos de creer los mensajes de sus textos, que fetichizan a unos personajes como los grandes "fundadores de la patria". Tales biografías, generalmente crónicas, operan, pues, como un pragmático acto de pleitesía al poder en turno y a su linaje (sus padres o antecesores), función que tiene un resquicio de parecido con el templo o casa mortuoria, o con los bustos y estatuas, y más tarde con los retratos de quienes son señalados, sin hilar fino, como los únicos o, al menos, los "verdaderos" impulsores del cambio social.

La literatura legendaria atribuye un omnímodo poder a los héroes y a los villanos. Pienso en la *Iliada*, la *Eneida* o en *Los héroes* de Carlyle. La historia teocrática y la leyenda, ambas muchas veces con funciones fundacionales, parecen hermanarse en la jerarquización de las personas en superiores e inferiores, en masas y genios del cambio. Hoy en día estamos capacitados, sin embargo, para clasificar una obra en la historia, o bien en la leyenda que describe a semidioses, buenos o malos, y deja sin caracterizar a sus innominados subalternos porque no hicieron uso de su libertad. Empero ¿avalaremos que quienes ocupan la cima escalafonaria del gobierno necesariamente son quienes hacen la historia? De poco sirven los apuntamientos que con unas cuantas pinceladas tratan de humanizar a los supuestamente únicos y grandes actores protagonistas de la historia, si son caracterizados como un dios alrededor del cual giran silenciosa y sumisa-

mente los “colectivos” sociales. Bajo esta reducción que uniformiza a poblaciones enteras, ¿cómo explicaríamos la caída de los reinados absolutistas después de la sublevación de las “masas uniformes”?

Para no extenderme más, termino resumiendo por medio de una serie de preguntas: ¿es propiamente histórico un relato no sistémico?; ¿lo es si repite el mismo criterio explicativo, a saber, la biografía del que manda para cualquier periodo histórico de un país?; ¿es tal si da una orientación única, o casi, a una serie de acontecimientos, esto es, si no analiza cómo se encadenaron del pasado a un presente y de éste a unos efectos o consecuencias, punto de vista de la historia efectual, o excedente de sentido que van aportando los sucesivos historiadores desde sus horizontes? ¿Los espacio-tiempos seleccionados por el historiador han de ser procesos con cierta unidad diferencial? ¿Si un libro perfila figuras omnipotentes a quienes atribuir los males que padece o bienes que disfruta un país, cae en la leyenda o en la historia?, ¿si pondera al gobernante “más alto” como el único factor de transformación o, quizá, el único capaz de mantener la recurrencia histórica, obedece o no a la ideología del poder de dominio? ¿Si idealiza periodos como de ruptura, basándose sólo en los datos biográficos de un gobernante o de varios gobernantes, es aceptable como historia? Por lo mismo, ¿cómo juzgarlo si declarándose historia pasa por alto la crítica documental o filológica, que demanda criterios válidos para el periodo en cuestión y no para otros distintos? Pensando en las biografías de mandatarios de un pasado reciente, añado otra pregunta, ¿la falta de distancia histórica vuelve conflictiva o no la elaboración de la historia? En fin, aquí y ahora sólo he querido esbozar en voz alta unas cuantas reflexiones que inviten a un intercambio de ideas, al diálogo, indispensable medio del conocimiento y arma de acceso a un orden social más justo. □



○ ENTREVISTAS

Entrevista a Álvaro Matute

Alicia Salmerón

Instituto de Investigaciones José María Luis Mora

Elisa Speckman

Instituto de Investigaciones Históricas

A lo largo de casi tres décadas, Álvaro Matute ha enseñado en las aulas de la Universidad Nacional. Según él mismo refiere, el salón de clase ha sido un espacio fundamental en su quehacer como historiador. Su compromiso con la trasmisión del saber histórico lo ha impulsado a la preparación de materiales de estudio y a introducir con éxito en nuestro país nuevos enfoques metodológicos. Sus antologías documentales son hoy textos obligados para todo estudiante que busque acercarse al siglo XIX mexicano; sus seminarios de historiografía son lugares de encuentro de jóvenes interesados en nuevas formas de leer nuestro pasado.

Por otro lado, como integrante desde muy joven del Instituto de Investigaciones Históricas, el doctor Matute ha desarrollado una labor paralela de investigación. Formado fundamentalmente en la Universidad Nacional —con profesores de la talla de Edmundo O'Gorman y de Juan A. Ortega y Medina— el doctor Matute tuvo también la oportunidad de realizar estancias de estudio e investigación en los Estados Unidos, Inglaterra e Italia. Desde muy temprano, sus intereses históricos siguieron dos líneas fundamentales: la historia de la historiografía y la historia de México —primero el siglo XIX y luego la revolución de 1910. Su Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico da cuenta de su pasión por la historiografía; pero su obra escrita es más amplia en el campo de la historia de la revolución mexicana, con libros como *Las dificultades del nuevo Estado*, *La carrera del caudillo* y *La revolución mexicana: actores, escenarios y acciones*. Además, ha editado o compilado numerosas obras que reflejan este doble interés. Durante varios años dirigió la revista *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* del propio Instituto; también fue director del Centro de Enseñanza para Extranjeros de esta casa de estudios. Su destacada carrera académica le ha valido diversos reconocimientos entre los que sobresalen su ingreso a la Academia Mexicana de la Historia y su reciente nombramiento como miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional.

Deseamos iniciar esta entrevista con una pregunta que hemos formulado a otros historiadores y cuyas respuestas se han publicado en números anteriores de este boletín: ¿cuáles considera usted que son los libros fundamentales de nuestra época?

Es una pregunta difícil de contestar, no me siento con la suficiente autoridad para dictaminar sobre esta cuestión de una manera general. Creo que me sentiría más seguro si emito una opinión sólo sobre las obras que considero fundamentales en los campos en

que me he interesado. Me referiré, en primer término, a obras de filosofía y teoría de la historia. Dentro de las grandes contribuciones de las últimas décadas del siglo xx habría que destacar *Verdad y método* de Hans-Georg Gadamer, por su trascendencia y por sus propuestas en el campo de la hermenéutica. Creo que a la misma altura está *Tiempo y narración* de Paul Ricœur. Existen otros autores cuya aportación ha sido también fundamental, sólo que ésta no se condensa en una obra en particular. Quiero decir que, en su caso, no se puede hablar de un libro esencial: las ideas de estos autores se encuentran diluidas en varios textos. Éste es el caso, por ejemplo, de Michel Foucault, cuya obra en conjunto me parece muy digna de ser tomada en consideración. Desde luego que *Las palabras y las cosas* merece una especial distinción —ya sea porque fue el libro *señero* o por haber sido el primero que llamó la atención del público—, pero no lo considero una obra fundamental de nuestra época, en cambio, sí puedo catalogar así su producción global. En el mismo caso estaría Isaiah Berlin, cuya aportación es muy significativa, pero no puedo expresar mi preferencia por uno u otro de sus textos. Repito que no sucede lo mismo con Gadamer y con Ricœur, cuyo legado en conjunto es muy valioso; pero, además, es posible señalar un título en especial, identificar un libro como el fundamental.

Centrándome más en mi campo de trabajo, en la historia de la historiografía, hay un libro que considero fundamental. Creo que, tras veintiséis años de haberse publicado, *Metahistoria* de Hayden White ha alcanzado un rango que lo convierte —como ha dicho una estudiosa polaca, Ewa Domanska— en todo un mito. Es una obra que aporta mucho.

En cuanto a los textos de historia propiamente dichos —hasta ahora me he referido a escritos que entran más bien en el terreno de la filosofía—, creo difícil que un

libro de historia aspire a ser una obra fundamental de nuestro tiempo. Sin embargo, deseo referirme a dos trabajos que me gustan particularmente. El primero de ellos es *The making of the english working class* de E. Thompson, que considero la máxima realización de la historiografía marxista. En mi opinión este autor aventaja a Eric Hobsbawm, quien tiene grandes libros —como *Rebeldes primitivos*—, pero al que veo también como un autor cuya obra debe ser valorada en su conjunto. El segundo de los libros de historia a los que deseo referirme es *La experiencia burguesa* de Peter Gay, menos famoso que el de Thompson. Me gusta porque es en relación con Freud lo que Thompson es a Marx; lo considero como la gran obra de historia de inspiración freudiana.

Estos libros de Thompson y Gay que me parecen tan importantes tienen, además de claros referentes teóricos, referentes literarios que los enriquecen mucho. Considero que no habría Thompson sin Charles Dickens, como no habría Peter Gay sin Gustav Flaubert. En los dos se plasma una referencia literaria de fondo. En Thompson se nota la influencia de Dickens —seguramente en su juventud devoró todos sus relatos— y Peter Gay hace incluso menciones explícitas de Flaubert. Por lo general, al leer una obra centramos nuestra atención en la búsqueda del indicador teórico —en estos casos Marx o Freud—, pero olvidamos el referente literario, y aquí lo hay, y muy rico.

Bueno, para finalizar, quiero mencionar otros dos libros de historia que han llamado mucho la atención en los últimos años: *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg, y *La matanza de los gatos*, de Robert Darnton. Considero que ambos son obras plenamente logradas, cada una dentro de su propia perspectiva metodológica.

A lo largo de su trayectoria como historiador usted ha trabajado temas de política durante

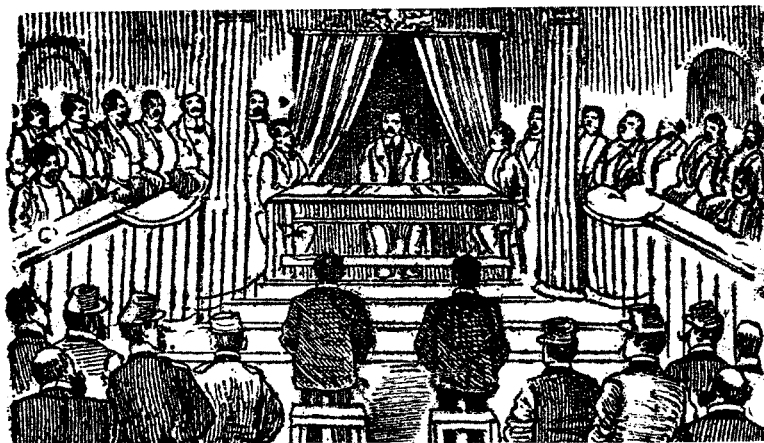
la revolución mexicana, también se ha interesado por la teoría de la historia y la historiografía, ¿nos puede platicar cómo surgió su interés por estos campos?

Como una introducción de mi respuesta me gustaría mencionar —como lo he hecho ya en otras ocasiones— que mi inclinación por la historia surgió gracias al contacto con mi abuelo materno, con sus recuerdos y con su biblioteca. Desde niño tuve claro que el conocimiento del pasado era importante, que revivirlo y conocerlo tenía sentido. Supongo que entonces surgió mi vocación de historiador.

Por razones que todavía no me quedan muy claras, en un cierto momento me sedujo la idea de analizar cómo se escribe o se construye la historia... Creo que desde un inicio me interesó más esto que el conocimiento de la historia en sí o que el contenido de los textos de carácter histórico. Quizá este gusto se explique considerando que mi interés por la historia corrió parejo con el que tuve —y sigo teniendo— por la literatura y por la filosofía. Así llegué a la historiografía, que es un campo que disfruto mucho y en el que me siento muy realizado. Finalmente, el análisis historiográfico constituye un terreno fronterizo entre la historia, la literatura y la filosofía.

Esto no significa que no me interese la historia en sí. También me he dedicado a ella, en particular a la historia política de la revolución. Me atrae el estudio de la política del pasado porque creo que conocerla resulta fundamental para entender la de todos los tiempos y, por supuesto, la actual. La historia política me permite acceder al conocimiento de conductas, de mentalidades, de valores... En la historia de la revolución me he encontrado con personajes como Venustiano Carranza o Álvaro Obregón que invitan a la reflexión acerca de la ética, los valores, la condición humana...

Pero mi interés por la historia política mexicana no puede compararse con el que tengo por la historia de la historiografía y por la filosofía de la historia. De hecho, cuando me acerco a la historia política no dejo de lado mi inquietud historiográfica. Por ejemplo, al leer la obra magna de Daniel Cosío Villegas, la *Historia moderna de México*, no puedo dejar de pensar que una buena lectura de este libro permite un interesante diálogo entre la historia porfiriana y la historia del tiempo en que se escribió el libro, es una obra muy representativa de la época de su autor. Frente a mi pasión por la historiografía, la historia política me parece a veces un interés un tanto deportivo; me gusta la historia política como me gusta disfrutar de un deporte...



Como estudioso de la historiografía, nos gustaría que nos hablara un poco sobre las diferencias entre la forma en que se hacía historia antes y la forma en que se hace hoy en día en México.

Hoy en día, en México, la historia es escrita casi exclusivamente por profesionales. Nuestra disciplina ha alcanzado la plena profesionalización: casi todos los historiadores han concluido un largo ciclo de estudios, poseen un título de doctorado y trabajan en instituciones académicas. Gracias a ello se escribe una historia plena de precisión, con buenas bases. Sin embargo, es una historia que ha perdido espontaneidad. Las exigencias de las revistas con arbitraje, de circulación internacional, obligan a seguir ciertos cánones e inhiben la expresión. En mi opinión, estudiar mucho y estas exigencias para publicar van en proporción inversa a la espontaneidad. El historiador de antes carecía de una preparación formal en historia, pero era muy espontáneo. Ese historiador no profesional escribía movido por la necesidad de expresar algo vital; aunque, desde luego, se servía de referentes para resolver su narración.

Tal vez el mejor ejemplo de esto a lo que me refiero sea Bernal Díaz del Castillo y su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ésta es una historia escrita por un hombre sin preparación formal y es muy espontánea. Desde luego que Bernal Díaz tiene su referente: si Bernal no hubiera leído la obra de Francisco López de Gómara no hubiera sabido cómo escribir su historia. La historiografía mexicana nos muestra cómo, a lo largo del tiempo, todo Bernal ha tenido su Gómara. Así, los generales de la revolución que escribieron obras históricas, el que más el que menos, leyeron libros que les sirvieron como ejemplos para hacer los propios. Creo que el valor de estas historias escritas sin preparación académica radica justamente en su espontaneidad.

En fin, volviendo a las diferencias entre la historia que se escribía antes y la que se hace ahora, yo no diría que una es mejor que la otra; ambas tienen sus virtudes y sus defectos. Sólo diría que vale la pena tratar de recuperar lo que tenía de bueno la anterior. Debemos tratar de hacer un poco más de caso a nuestro yo interior, aunque lo expresemos echando mano de las herramientas metodológicas que obtuvimos a lo largo de nuestra formación.

Otra pregunta de tema historiográfico: ¿qué diferencia encuentra usted en lo que ahora se llama análisis del discurso y la forma en que antes se analizaban o se leían los textos?

Puedo sintetizar mi respuesta en dos palabras: precisión instrumental. ¿Qué quiero decir con esto? Antes se realizaba un análisis comprensivo de los textos a partir de muchos elementos, como podrían ser la vida del autor, su circunstancia, su contexto, su adscripción a una corriente de pensamiento, su visión del mundo en relación con la perspectiva que se tenía en la época, etcétera. Es decir, el análisis se centraba en el historiador, pues su objetivo era descubrir su intencionalidad.

Lo que ahora se llama análisis del discurso es distinto: apuesta fundamentalmente al análisis del lenguaje, tal y como ahora se entiende el lenguaje. Autores como Ferdinand de Saussure y Claude Lévi-Strauss han puesto de manifiesto que el lenguaje no es necesariamente producto de la intencionalidad de quien emite el discurso. Su propuesta abre múltiples posibilidades de lectura, pues permite acceder a diferentes planos: por una parte a la intencionalidad o al nivel consciente del autor en relación con su contexto; pero también a la parte inconsciente, a lo que el autor del discurso no quiso decir pero dijo —que escapa a una instancia de dominio consciente— y que pone de manifiesto toda una estructura antropoló-

gica. Así como Lévi-Strauss habla de mitos y temas, a mí me gusta hablar de ideología e ideologemas al referirme a cómo el discurso refleja los componentes ideológicos de un autor que, en ocasiones, van incluso a contrapelo de lo que él desearía expresar.

El análisis del lenguaje nos ha revelado todo un mundo de significados presentes en los textos. Esto nos exige una reescritura de la historia de la historiografía —no habíamos acabado con esta tarea y ya debemos empezarla de nuevo—, pero ahora podremos hacerlo con una mayor precisión instrumental. Podemos hacer una lectura más fina, más analítica, más profunda y, sin duda, más enriquecedora y esclarecedora del contenido de los textos históricos.

Ahora, como estudioso de la revolución mexicana, nos gustaría que nos hablara un poco sobre los mitos en la historia de este periodo: ¿cuáles son estos mitos?, ¿constituyen debates importantes en la historiografía mexicana hoy en día?

La revolución mexicana ha engendrado, efectivamente, gran cantidad de mitos y muchos de ellos siguen vivos. Es una etapa que se ha historiado bastante —en demérito del estudio de otras épocas del pasado nacional— y, sin embargo, hay mucho por hacer todavía para desvincular la revolución-mito de lo que sucedió realmente en aquellos años.

Entre los mitos sobre la revolución está, por ejemplo, el del millón de muertos. Se da por hecho que un millón de vidas fueron segadas durante la revolución. Pero los demógrafos han demostrado que la cifra no fue tan grande, más aún, que los muertos en los campos de batalla fueron menos que las víctimas de la epidemia de 1918. Ni siquiera la suma de ambos alcanza el millón de muertos. Ahí estamos frente a un mito que se mantiene a pesar de que los demógrafos han mostrado con gran precisión su falta de fundamento.

La revolución misma, considerada como fundadora y legitimadora del Estado nacional, ha representado todo un mito. La exaltación de la revolución como el origen de un nuevo Estado tuvo su clímax en la década de los sesenta de este siglo, hacia el tiempo de su cincuentenario. En aquellos años todo se le debía a la revolución, desde la poesía de López Velarde hasta la electrificación de un pequeño poblado de la república. De entonces para acá el carácter de la revolución ha sido tema de importantes debates, sobre todo en la medida en que los gobiernos posrevolucionarios han ido tomando distancia del modelo estatal de los años treinta.

En 1990 se celebró en San Luis Potosí un congreso de historiadores sobre la revolución mexicana; ahí se reafirmó el interés por profundizar en lo verdaderamente auténtico de la acción revolucionaria. En aquella ocasión escribí una ponencia que, haciendo un parangón con el título de la obra de Bernard Lewis, *La historia rescata-da, recobrada, inventada*, presentaba a una revolución mexicana inventada por sus actores y convertida por ellos mismos en mito. Propuse entonces un ejercicio de deconstrucción —sin usar esta palabra todavía— para rescatar su autenticidad: era necesario, decía, desligar a la revolución mexicana de su participación en la construcción del Estado, sobre todo del lugar que por motivos ideológicos le había sido asignado por muchos de sus protagonistas. Creo que en este camino hay mucho por hacer todavía.

A lo largo de su historia, México ha adoptado experiencias externas. Algunos historiadores han visto en esta adopción el traslado, con mayor o menor éxito, de modelos extranjeros; otros han visto más bien una reelaboración de los mismos. ¿Qué influencia considera usted que han tenido los modelos externos en la historia de México?

Creo que la influencia de modelos en México es tan visible que se podría intentar escribir una historia con base en su sucesión: se adopta uno, se ensaya, se miden sus logros y fracasos, se toma otro... De hecho, mucha historia se ha escrito con esa idea. Así se ha asimilado, por ejemplo, despotismo ilustrado a reformas borbónicas... Sin embargo, esta continua adopción de modelos ha ido siempre acompañada de una reacción y ésta ha dotado de una dinámica propia al acontecer nacional.

Considero que el concepto de inercia puede ser muy útil para entender esta dinámica de la historia. Éste es un concepto que viene de la física, pero creo que tiene validez en nuestro campo. Como antipositivista militante siempre he criticado el uso de conceptos de las ciencias físico-matemáticas y biológicas en la historia, pero en esta ocasión haría una excepción: creo que existe la inercia histórica. Existe una "historia profunda" que está siempre presente, que sigue su curso por inercia, pero que reacciona cuando se le intenta imponer un modelo que le resulta contrario. Si a esa "historia profunda" se le inyectara más de lo mismo tal vez terminaría por paralizarse. La adopción, muchas veces fallida, de modelos fabricados en otras latitudes modifica esa inercia y entonces la historia camina. Si la historia avanza es gracias a ese juego, a esa ida y vuelta entre realidad-modelo y modelo-realidad.

Retomando el ejemplo de las reformas borbónicas, es posible afirmar que, de alguna manera, la independencia fue el resultado de esas medidas: fue una reacción en contra de reformas introducidas por la corona española y que buscaban transformar la realidad existente. También podemos ejemplificar esta idea recurriendo a la célebre y feliz frase con la que John Womack inicia su obra *Zapata y la revolución mexicana*: "Éste es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución." Hay quienes están en desacuerdo con esta idea, piensan que el movimiento zapatista tenía desde sus inicios una clara intención de cambio. Para mí, la frase de Womack es muy sabia: la entiendo como una referencia a esa inercia histórica de la que hablaba y que es propia de una vida secular de comunidad, de costumbres... y, claro, el proyecto modernizador porfiriano provoca una reacción de parte de aquellos que querían seguir conservando su forma de vida.

Finalmente, el modelo es como un producto químico de laboratorio que, aplicado a una realidad, provoca una reacción. El referente tiene un efecto sobre la realidad e indudablemente funciona, aunque la sociedad no llegue a comportarse plenamente como marcaba el modelo. El modelo puede fracasar como tal, pero modifica la realidad y le imprime una dinámica a la historia. Sin esas reacciones tal vez nos quedaríamos estáticos para siempre... estaríamos todavía en la Edad Media.



Para concluir esta entrevista, queremos pedirle que nos hable un poco sobre su experiencia como maestro y sobre su oficio de historiador.

A lo largo de los treinta y tantos años que tengo en la práctica como historiador he tratado de fundir, en lo posible, la docencia con la investigación. Creo que ambas actividades deben ir juntas porque se estimulan mutuamente. Mi buen amigo el doctor Ruy Pérez Tamayo dice que el profesor que nada más es docente sólo repite lo que crean los investigadores. No estoy del todo de acuerdo; ésa es una aseveración muy tajante. Preguntas que se plantean en la práctica docente se convierten, o yo las he convertido, en tareas para la investigación: muchas veces uno se lanza a la investigación a partir de los cuestionamientos que surgen precisamente en el salón de clases.

Impartir cursos implica investigar: una clase no se debe dar sólo por cubrir un temario, antes tiene uno que preguntarse por qué ese tema está en el temario. Y, de alguna manera, esa primera pregunta obliga a la búsqueda y a la reflexión. Preparar una clase siempre obliga a investigar. Desde luego, cuando uno se inicia como docente parte de los modelos de sus maestros, pero poco a poco los va modificando. A lo largo de los años los cursos se convierten en comunicación de resultados de una investigación personal que, no pocas veces, tuvo como origen el propio salón de clases.

Desde luego que hay que distinguir entre dos planos importantes en la enseñanza. Por un lado están los cursos más generales, que obligan a recorrer épocas muy largas y a pasar rápidamente por diferentes momentos históricos. Por otro lado, están los cursos que permiten una mayor comunicación entre el profesor y el alumno, en especial los seminarios, en donde se analizan textos a profundidad. Estos últimos se pueden relacionar de manera más directa con la investigación personal. El salón de clases se convierte de esta

manera en un primer laboratorio donde se combinan lecturas y ocurrencias, se obliga a un trabajo de investigación más profundo y se ensayan respuestas posibles. Esas respuestas pueden luego traducirse en un artículo o en parte de un libro.

En lo que se refiere a mi forma de trabajar como investigador, a mi oficio de historiador, difícilmente me podría presentar como el producto de un manual típico de metodología. Soy una persona terriblemente desordenada para investigar y escribir, aunque parece que no doy esa impresión. Creo que lo importante es sentarse a trabajar, pero sin ponerle condiciones al trabajo. Por ejemplo, nunca espero a tener el fichero lleno al lado para sentarme a redactar. Voy haciendo de todo un poco: comienzo a escribir, confío en mi memoria, en apuntes hechos en donde sea, desde luego en las fichas, en el fichero... Soy un poco como postulaba un filósofo de la ciencia, Paul Feyerabend, partidario de "la anarquía metodológica".

Me encanta esta idea de la anarquía metodológica, pero hay que ser un anarquista riguroso, un anarquista ordenado, valga la paradoja. Creo que la investigación es como meterse a una lancha y dejar que la corriente lo jale a uno y lo regrese a veces, pero sin ir al garete, sabiendo el puerto de destino; puede uno bajarse incluso de la lancha y nadar un poco, para luego volver a ella, lo importante es no perder de vista la meta. Por eso, lo primero para mí es meter bien en mi cabeza lo que quiero hacer: ésa es mi regla de oro. Luego le doy vueltas al problema todo el tiempo, en todos lados. Después me siento frente a la computadora, rodeado de todo lo que necesito para adentrarme en el tema.

Así trabajo, así escribo, y combino este trabajo con mis clases. Repito, no divorcio investigación de docencia, para mí son dos prácticas unidas: con destinatarios inmediatos la docencia, con destinatarios anónimos los productos de la investigación. Pero ambas actividades responden a la misma inquietud, al mismo interés. □

○ EVENTOS ACADÉMICOS

Congreso Internacional Los Procesos de Independencia en la América Española

Víctor Gayol

El Colegio de Michoacán

Del 20 al 24 de julio pasado se realizó, en la ciudad de Morelia, Michoacán, el primer Congreso Internacional Los Procesos de Independencia en la América Española, evento organizado por la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán, y contó con el apoyo del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, del Instituto de Cultura Michoacano y del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Uno de los propósitos fundamentales, en palabras de los organizadores, es que éste sea el punto de arranque para la realización de más encuentros que promuevan y apoyen la investigación con miras a generar resultados consistentes que permitan una conmemoración razonada y continental de los bicentenarios a partir de 2008.

El congreso reunió a diversos especialistas que se encuentran desarrollando actualmente investigaciones sobre guerras de independencia de los diferentes países y regiones de la actual Hispanoamérica, provenientes de diversas instituciones latinoamericanas, europeas y norteamericanas. Entre otros, se contó con la participación como ponentes de Brian Hamnett, Jaime E. Rodríguez O., Virginia Guedea, Christon Archer, François-Xavier Guerra, José Carlos Chiaramonte, Josefina Z. Vázquez, John Tutino, Guadalupe Jiménez Codinach e Hira de Gortari, por mencionar algunos. A partir de la presentación de treinta y cinco ponencias agrupadas en siete mesas de trabajo, los asistentes

al congreso pudieron formarse un panorama parcial del estado que guarda la historiografía al respecto. A pesar de que el tema de las independencias ha sido uno de los más reinterpretados, sobre todo por las historiografías nacionales desarrolladas en los países latinoamericanos, los resultados a los que se han arribado con las nuevas investigaciones imbuidas por el fuerte revisionismo de los años ochenta permiten percatarnos de la perspectiva radical que han adoptado los trabajos al respecto, de la necesidad de cubrir enormes lagunas de conocimiento sobre el periodo a nivel local, regional y continental, así como de la necesidad de establecer cada vez mayores vínculos de colaboración entre académicos de diversos países y de abrir un campo para la discusión entre las diferentes corrientes historiográficas. Es una labor que obliga tanto a desarrollar más indagaciones en el plano de la microhistoria como de la historia comparada, por ejemplo. Uno de los resultados palpables del congreso fue la obtención de un primer bosquejo del perfil de la América española, a nivel continental y trasatlántico, durante la crisis imperial, no obstante que sólo algunos de los congresistas ofrecieron una visión con un conocimiento de la América y el mundo hispánico en su conjunto, en contraste con muchos estudios de caso que, si bien localistas aún, ofrecían puntos de contacto con ese más amplio espectro. Pero una constante general fue la insistencia por redefinir el contorno moderno del mundo hispánico a partir del estudio de problemáticas comunes a todas las

regiones y la necesidad de vincularlo constantemente con el contexto de las revoluciones trasatlánticas.

El congreso también resultó un excelente termómetro para medir las tendencias historiográficas y las preocupaciones generales de los académicos que a fin de siglo viven inmersos en un proceso de globalización que implica, entre otras cosas, el replanteamiento de las formas de participación de los sectores sociales en las tomas de decisión. Desde diversas perspectivas, muchas de las ponencias se concentraron en abordar temas referentes a los procesos políticos, a las formas de representación, a la emergencia de sectores sociales en términos de sus prácticas políticas. Estos temas privaron sobre aquellos que estudian la participación y liderazgo de los movimientos sociales populares en este periodo, de tal forma que parecería que la historiografía política toma de nuevo fuerza sobre la historiografía social. Es una historiografía política, eso sí, con una preocupación notable sobre el aspecto social, al centrarse en las indagaciones de la participación de los sectores medios de la sociedad y la vincula-

ción entre las elites y los sectores subalternos. Constituye también una historia político-cultural preocupada por analizar los mecanismos que permitieron remontar la crisis de la monarquía mediante planteamientos políticos radicalmente nuevos, sin que la estructura económica y social se hubiese transformado de manera palpable.

La historiografía económica, por su parte, no tuvo una representación nutrida en el evento, ni asistimos a la presentación de trabajos fundamentados en el análisis comparativo. Hubo regiones y localidades americanas que no fueron abordadas, y se echó de menos a muchos investigadores reconocidos que tienen mucho que decir en foros de esta naturaleza. Pero un primer encuentro siempre es como empezar a aceitar la maquinaria. Esperemos, pues, la publicación de los trabajos del congreso, la edición de un programa televisivo con un debate que se llevó a cabo de manera paralela entre algunos de los especialistas reunidos, la multiplicación de estudios y nexos de colaboración académica, así como la convocatoria para una próxima reunión internacional en el término de tres años. □



RESEÑAS

Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 v., traducción Gertrudis Payás e Isabel Vericat, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1997 (Colección Itinerarios).

Álvaro Matute

Instituto de Investigaciones Históricas

Fue un acierto indudable del Instituto Mora haber publicado la versión al castellano de *That noble dream*, del historiador Peter Novick de la Universidad de Chicago. Pese a que mediaron nueve años entre la versión original y la castellana, el tiempo no corre con prisa para un libro de esta naturaleza. De 1988 a 1996 aparecieron nueve reimpresiones de la obra en inglés, lo cual habla del impacto y la recepción que ha tenido. El acierto del Instituto Mora se debe a que el voluminoso trabajo de Novick trata una cuestión fundamental para la disciplina histórica, la objetividad, desde una perspectiva historiográfica. Haciéndole un poco el juego al autor, aborda una cuestión historiográfica desde la historiografía, entendiendo por el primer vocablo un asunto de teoría de la historia, la objetividad, a través de cómo ha sido concebido, abordado, defendido, atacado, cuestionado, por los historiadores estadounidenses a través de poco más de un siglo. Esto beneficia al lector de habla española —pienso en primer lugar en el lector mexicano— en dos aspectos: proporcionarle un material de reflexión histórica (todo abordaje al asunto de la objetividad merece la atención de los historiadores, teóricos y filósofos de la historia) y darle también un panorama del contexto general de la historiografía norteamericana profesional,

es decir, la que surge cuando el quehacer histórico se profesionaliza en los colegios y las universidades y se forma la American Historical Association, entidad responsable de hablar por sus agremiados, que son prácticamente todos los historiadores que se ganan la vida enseñando y escribiendo sobre lo suyo, sobre aquello para lo cual se formaron y que tienden a perpetuar. Asimismo, dicha asociación es la encargada de editar la famosa *American Historical Review*, que ya rebasa el centenario.

Es importante, pues, para los lectores mexicanos, y me atrevo a englobar a todos los de habla española, porque el conocimiento que se tiene en nuestros medios de la historiografía producida en los Estados Unidos, si no es la referida a nuestra propia historia, es desconocida en un grado que puede llegar a ser alarmante. Alarmante, porque a partir de ciertos afanes de *estar al día* se cree que algunos planteamientos de la historiografía internacional reciente son absolutamente originales, cuando ya habían sido sugeridos o desarrollados por historiadores de los Estados Unidos. Pienso sobre todo en los *new historians* de principios del siglo XX, Frederick Jackson Turner, James Robinson, Carl Becker y Charles Beard, cuya obra en general no es muy conocida, y que se distinguieron por sus enfoques eco-

nómicos, su aproximación al marxismo y por el relativismo histórico de algunos de ellos. La *new history* estadounidense pasó de noche en México y, tal vez, en toda la América hispánica.

Cabe aclarar que el libro de Novick no es una historia formal de la historiografía norteamericana del siglo XX, sino que implícitamente la llama a comparecer en torno del tema de la objetividad. Se trata, pues, de que los sujetos del libro son los historiadores que hablaron acerca del tema. La objetividad, como la concibe Novick, no es otra cosa que el mito fundador de la historiografía profesional en los Estados Unidos. ¿Sólo en los Estados Unidos? Desde luego, no. En rigor, es el mito fundador de toda historiografía profesional, de Leopold von Ranke en adelante. Sin él, no hubiera sido posible su desarrollo como profesión. Si no, ¿cómo justificar el dedicarse a escribir historia desde las universidades, sin esgrimir la oferta de que sea objetiva? Así lo creyeron quienes la echaron a andar, al constituirse la aludida American Historical Association.

Cincuenta años después del nacimiento de la agrupación, en 1934, Theodore Clark Smith, al ver que dos de los más influyentes historiadores de su tiempo, Beard y Becker, le habían declarado la guerra a la objetividad, pensaba con tristeza que, al no darse ella en la historiografía, ésta se extinguiría al pasar el tiempo. "Tal vez en otros cincuenta años —escribe— veamos el fin de una era de la historiografía, la extinción final de un noble sueño; y a la historia, salvo como un instrumento de entretenimiento o de control social, ya no le esté permitido existir." El "noble sueño" del título viene de ahí, no es otro sino el afán de ser objetivos que le plantearon los historiadores a la sociedad de la que ellos formaban parte. El ideal rankeano, real o sobreinterpretado, de *wie es eigentlich gewesen*, que en su tiempo entendieron los fundadores objetivistas como "lo que realmente sucedió", cuando

en la actualidad se plantea (George Iggers) como "lo que esencialmente sucedió". El conocimiento objetivo del pasado fue el punto de partida. La realidad se encargó de modificarlo, de violentarlo.

El libro, denso en la medida en que ofrece una argumentación muy detallada, con ejemplos tomados de polémicas y de una nutrida correspondencia girada entre los historiadores, así como de sus propias obras, muestra un desarrollo pendular a lo largo de las 774 páginas que lo forman, distribuidas en dieciséis capítulos, que a su vez se agrupan en cuatro partes. Éstas se refieren a la entronización de la objetividad, la objetividad asediada, la reconstrucción de la objetividad y la objetividad en crisis.

Los primeros años, como toda época permeada de inocencia, transcurrieron sin novedad en el frente, pero hubo de llegar la primera guerra mundial y con ella los ánimos exacerbados sobre lo alemán. Todo esto comenzó a afectar la práctica historiográfica. No tardó mucho en aparecer un revisionismo radical que ponía en tela de juicio los argumentos patrioterros que habían llevado a los historiadores a colaborar en la elaboración de propaganda bélica; dicho revisionismo radical subió al piso de la teoría y cuestionó la posibilidad de enfrentarse al pasado sin prejuicios, sin preconcepciones. El elevarse a ese nivel trajo consigo el buscar fundamentos epistemológicos como los que ofrecía entonces la recepción de la obra de Benedetto Croce, que le resultaba grata a Carl Becker.

La otra gran puesta en tela de juicio se debe a los diferentes enfoques regionales que, sobre todo, hacían crisis en relación con la guerra civil. Norte contra sur, otra vez. De nuevo el/los revisionismo(s). La tesis de los victoriosos del norte sobre la emancipación de los esclavos negros fue objetada por los sureños, que no veían en ello las mismas bondades. En su revisionismo, llegaron a subrayar la demagogia posterior a la guerra, con la formación del Ku Klux

Klan, glorificado en la literatura en la que se basó la célebre película de D. W. Griffith, *El nacimiento de una nación*. Ahí tampoco hubo acuerdos, como no los hubo cuando comenzaron a hacer sentir sus voces los historiadores negros. Nuevamente la objetividad en el atolladero. En esta ocasión la voz fuerte era la de Charles Beard. La situación, además, provocó problemas en la elaboración de libros de texto, que no pudieron tener una aceptación nacional. No se olvide que esto ocurría en unos Estados Unidos que veían con horror o con simpatía el célebre *monkey trail*, que es como se conoce la polémica en torno de la enseñanza de la teoría de la evolución de Charles Darwin ocurrida en Tennessee. Los fundamentalismos estaban a la orden del día, lo que propició que algunos historiadores se inclinaran mejor por la enseñanza de "ciencias sociales" en la *high school* en lugar de historia, para garantizar aproximaciones objetivas a la realidad.

Pero, para quienes se muestran escépticos frente al movimiento cíclico de la historia, después de la mayor puesta en crisis de la historia objetivista, viene su repunte alrededor de la segunda guerra. Ya sea la tesis doctoral de Maurice Mandelbaum, que

enderezaba sus críticas no sólo contra los *new historians* Becker y Beard, por su relativismo histórico, sino también contra los filósofos alemanes que habían fundamentado el subjetivismo, como Dilthey y su secuela; ya sea la aparición del influyente artículo de Karl Hempel sobre las leyes en la historia, que en el medio anglosajón tuvo un impacto muy fuerte. La objetividad volvió a ganar terreno en la teoría de la historia y en la práctica historiográfica, frente al eclipse de los autores de *La interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos* y *La Ciudad de Dios de los filósofos del siglo XVIII*.

Nuevos tiempos, nuevos vientos. Posteriormente, la aparición de John H. Hexter, Arthur Danto, Morton White y otros historiadores y filósofos que polemizaron contra los efectos de la obra de los filósofos analíticos de la historia. Nueva epistemología, junto con la progresiva falta de centro de la historia. "Cada grupo, su propio historiador" es el título de un capítulo que recrea el discurso de Becker, "Everyman, his own historian", que dejó muy honda huella en la historiografía norteamericana. El libro cierra con la presencia de Hayden White, es decir, otra vez la crítica a la objetividad. El



impacto de *Metahistory* y sus secuelas dentro del campo de una historiografía que lo acepta y lo rechaza.

En fin, ese noble sueño es un libro denso, como ya expresé, cargado de información, análisis concienzudos, un riquísimo juego de ideas y la exhibición de un método perfectamente desarrollado, consistente en jugar con las ideas y sus contextos historiográficos y, cuando es necesario, con contextos mayores, histórico-sociales. Es una obra de historiografía que aborda un tema historiográfico; no sólo en su brillante introducción, sino a lo largo de su extenso capitulado, nos muestra la metáfora con que lo abre: "clavar gelatina en la pared", un imposible, un noble sueño. No es un libro destinado a quienes quieren ponerse al día, sino a quienes quieren *pensar la historia*, actividad obligada para un gremio al que le conviene reparar en esa llamada de atención del historiador Smith en 1934, que Peter Novick da como epígrafe y que entrecomillé líneas arriba. Es un trabajo que demuestra para qué sirve estudiar la historiografía y cómo es posible abordarla. Asimismo, logra "aterizar" un problema que en otros textos ha sido más bien desarrollado al modo filosófico, y ello le resta lectores-historiadores

a ese tipo de planteamientos. Ese noble sueño es un libro de historia intelectual, ya que lo que se entiende por intelecto es el objeto que se persigue en sus páginas. También tiene mucho de la historia social que genera la disputa intelectual que lo nutre.

El problema de la profesionalización es otro de los *leitmotivs* que lo pueblan. El entrelazamiento de las ideas con las posiciones socio-académicas de los historiadores está muy bien presentado. Para dar un ejemplo, baste señalar los problemas que surgieron a partir de la contratación de profesores judíos en las universidades, o las distintas posiciones de clase que ostentaban los historiadores de las diferentes regiones de los Estados Unidos. Como éstos, hay otros muchos ejemplos que muestran la enorme riqueza que se puede dar en el adecuado examen de las relaciones entre pensamiento y contexto social, pero desde luego, contextos microhistóricos. No se incurre en la esquemática relación de un macrocontexto, entendido como estructura, que determina a un pensamiento. Asimismo, Novick desbarata mitos y soluciones mecanicistas. Puntualiza, explica, saca conclusiones. Es un libro modélico, cuya lectura es impostergable.

R. G. Collingwood, *The idea of history*, edición revisada, incluye material de cursos 1926-1928, ed. e introd. Jan van der Dussen, New York, Oxford University Press, 1993, 510 p.

María Teresa Álvarez Icaza Longoria
Facultad de Filosofía y Letras

The idea of history: la nueva edición

El libro *The idea of history* de Collingwood ha tenido una gran difusión desde su aparición en inglés en 1946, como es de todos conocido. Esto se repitió cuando el texto se

publicó en español en 1952: hasta la fecha lleva diecinueve reimpresiones. Asimismo, es sabido que T. M. Knox, un cercano discípulo de Collingwood, se encargó, tras la muerte de éste, de editar los manuscritos que darían forma a la obra. Sin embargo,

hasta ahora en realidad se conocía poco del trabajo específico que Knox había realizado, como no fueran sus propias palabras explicando que había tenido que intervenir en este texto más de lo que le había sido necesario en *The idea of nature*.

En este sentido, la edición revisada del ya clásico texto, publicado por Jan van der Dussen en 1993, bien vale una lectura cuidadosa. A partir del minucioso análisis que Van der Dussen presenta en el estudio introductorio, el lector puede ahora salir de dudas acerca de cómo fue el proceso de edición que Knox realizó de los escritos originales de Collingwood para la conformación de *The idea of history*.

Las conclusiones son realmente interesantes. Van der Dussen opina que Knox se tomó bastantes libertades en su labor y no fue tan escrupuloso como se hubiera deseado. A partir de los cotejos que efectuó, señala que son constantes las omisiones, los añadidos e incluso los empalmes entre textos escritos en 1936 y 1939.

Lo que es más sugestivo aún es que el autor opina que tal situación se originó por un deseo de destacar un periodo de la obra de Collingwood, comprendido entre 1933 y 1936, que Knox admiraba de manera especial. Asimismo, intentó que desluciera la obra generada entre 1936 y 1938, cuando el filósofo había modificado algunas de sus ideas respecto del periodo anterior. Según Van der Dussen, el discípulo se mostraba ofendido por el abandono de lo que él consideraba la época más brillante en el pensamiento de su maestro. Así, tomó la decisión de disimular este cambio basado en la idea de que la enfermedad que aquejaba a Collingwood lo había llevado, durante el periodo referido, a un extremo dogmatismo e historicismo que *debía suavizarse*.

Es conveniente mencionar que en la introducción de la nueva edición se incluye también un interesante comentario acerca de la recepción que tuvo en el medio académico angloparlante la edición anterior de

The idea of history y sus tesis principales. Van der Dussen subraya que las discusiones en torno del texto forman parte importante del desarrollo de la filosofía de la historia después de la segunda guerra mundial.

Una importante novedad en la edición reciente es que se incluyen tres textos que resultan novedosos para los estudiosos de Collingwood: *The idea of the philosophy of something*, *Lectures on the philosophy of history* y *Outlines of a philosophy of history*. Estos textos fueron originalmente parte del material de cursos creado por Collingwood durante su actividad docente en Oxford. Cabe enfatizar que de todos sus apuntes sobre filosofía de la historia sólo se conservan completos los originales de los cursos de 1926 y 1928, fuente de los tres trabajos mencionados. Aparentemente Knox no conoció estos manuscritos, pues no están incluidos en la lista de los papeles que recibió de la Oxford University Press para su escrutinio. Van der Dussen decidió incorporarlos, considerando que estos escritos son particularmente importantes porque presentan la primera declaración sistematizada que Collingwood realizó de sus ideas sobre la filosofía de la historia.

La idea de la filosofía de algo

La idea de la filosofía de algo es un escrito que Collingwood añadió en 1927 a los materiales del curso de 1926, a manera de discusión preliminar. Aunque posteriormente Collingwood anotó en este texto su sospecha de que era caótico y poco valioso, Van der Dussen opina que dicho trabajo es un complemento valioso de la obra como conjunto, porque contribuye a aclarar el concepto de Collingwood sobre la relación entre la filosofía de la historia y la filosofía en general, lo mismo que de la filosofía de la historia con el estudio de la historia. Además permite comprobar el interés del autor por demostrar, a lo largo de toda su obra, la

importancia del estudio de la historia. Yo creo que a partir de la revisión de textos de diversas épocas puedo manifestar mi coincidencia con la postura de Van der Dussen, por lo cual me parece interesante ocuparme en detalle del asunto.¹

Collingwood explica que la *filosofía de algo* es el cuerpo de pensamientos universales y necesarios que se origina en cualquier persona cuando piensa acerca de ese objeto. Aclara que por definición hay una serie de cuestiones que quedan excluidas del pensamiento filosófico: las asociaciones fortuitas, los problemas científicos, las clasificaciones y lo hipotético.²

A continuación plantea la cuestión de cómo saber si los resultados de un análisis son de validez universal. Responde que debemos usar exclusivamente categorías invariables; así, nuestro análisis no se verá afectado por modificación alguna.

Una vez definida la *filosofía de algo* expone que la filosofía de la historia³ está conformada por los pensamientos que surgen universal y necesariamente en la mente de todo aquel que piensa sobre la historia.⁴ Collingwood hace énfasis en que el historiador sabe lo que está tratando de hacer: cons-

truir una narrativa que intenta ser lo más real posible. Para ello debe poseer patrones estandarizados que le permitan juzgar los textos de historia, esto es, hacer crítica histórica.⁵ De hecho afirma que historiador y crítico histórico deben considerarse sinónimos, porque todo historiador ejerce una labor de crítica al escoger una forma de narrativa que considera preferible.

El autor plantea una cuestión interesante: cómo juzgar las diferencias entre historiadores que pertenecen a distintas escuelas. Collingwood expone que este problema debe reducirse a términos filosóficos y someter a crítica filosófica los principios generales de la escuela en cuestión. Asimismo, reconoce que un historiador puede emplear principios que sean equivocados para la historia pero que pueden tener valor en otro campo de pensamiento. Sin embargo, todo historiador debe cuidarse de cometer tal error filosófico, el cual consiste en la aplicación de principios, cuya esfera legítima es otra, a una esfera ilegítima.⁶

Para Collingwood es importante subrayar que la filosofía de la historia tiene un objetivo claro: hacer una historia mejor y más verdadera. Para ello el historiador debe

¹ Es particularmente esclarecedora del interés de Collingwood por la filosofía de la historia la *Autobiografía* (1939), donde se manifiesta abiertamente en contra de los filósofos realistas debido a que éstos pensaban que no había historia de la filosofía, pues los problemas que ocupan a la filosofía son inmutables. Él hace explícito que el trabajo de su vida había sido lograr un acercamiento entre filosofía e historia, así como demostrar la necesidad de una nueva filosofía de la historia. Asimismo, es importante *La idea de la historia*, obra que consiste básicamente en un ensayo sobre la filosofía de la historia, el cual explica cómo surgió la filosofía de la historia del siglo xx.

² Como en muchas ocasiones lo hace en su obra, el autor emplea ejemplos del arte y las matemáticas, aunque en este texto no acude a la arqueología, otra de sus fuentes recurrentes.

³ En un trabajo anterior, *La esencia y fines de una filosofía de la historia* (1924-1925), Collingwood intentó aclarar de manera aún bastante general qué es y qué no es la filosofía de la historia.

⁴ En la *Autobiografía* el autor insiste en el carácter universal de la historia que se demuestra en la historicidad de todo método científico y de toda experiencia artística, aunque no siempre los artistas y científicos se detengan a pensar al respecto.

⁵ Esta idea la desarrolló más ampliamente en la *Autobiografía* donde habla de la importancia de la historiografía para la labor de crítica histórica que todo historiador debe hacer.

⁶ Collingwood dice que debe haber una razón para un error filosófico, como hay un móvil para un crimen. Es curioso que en esta argumentación usa una terminología relacionada con la criminalística, lo que se repetirá en textos posteriores.

traer a la luz los principios del pensamiento histórico y regular su obra según éstos. Me parece pertinente subrayar que insiste en que el historiador no puede evadir este asunto: tiene necesariamente que pensar en problemas de metodología, saber manejar materiales históricos y conocer qué resultados aspira obtener. Esta idea se resume en el planteamiento de que *la filosofía de la historia es la metodología de la historia*.

En una parte del texto el autor plantea preguntas de interés general que todo historiador se hace sobre su materia, tales como la validez de la universalidad o de la particularidad, el papel del individuo, si se debe ir más allá de lo que dicen las evidencias, si el historiador debe separarse o no de su tiempo al mirar al pasado, si debe hacer juicios, qué fuerza gobierna la historia, entre otras. A continuación explica que la condición indispensable para responder las preguntas generales es atender la cuestión central de *qué es la historia*, para lo cual es necesario contestar a cuestionamientos sobre asuntos como la libertad humana y la necesidad. Esto es, concluye: los problemas metodológicos de la filosofía de la historia se remiten a la filosofía.

Explica que la filosofía de la historia debe comprenderse en tres aspectos: primero como un complejo de problemas metodológicos particulares que surgen del pensa-

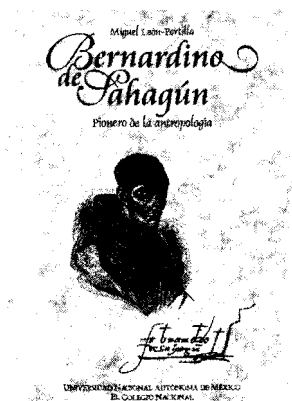
miento histórico; segundo como un intento de resolver la pregunta *¿qué es historia?*, y tercero como idéntica a la filosofía en general. El primer punto se refiere al objeto y los dos últimos a la forma. Destaca que la relación entre forma y objeto es indispensable, pues la forma hace al objeto inteligible y el objeto hace a la forma real.

Más adelante, Collingwood precisa aún más su concepto de la filosofía de la historia. Lo ordena explicando que primero debe ser *filosofía* y luego *de la historia*.⁷ Esto implica entender la filosofía en general desde el punto de vista de la historia, colocando al concepto de la historia en primer plano y al resto del pensamiento filosófico como marco de referencia.

Retomando a Kant el autor afirma, por último, que los conceptos trascendentales que componen el cuerpo de la filosofía —tales como pensamiento, acción, arte, ciencia, historia— forman una unidad donde cada uno es necesario al otro. Así, la historia es un concepto trascendental como forma pura de actividad; aunque aclara que también tiene una forma empírica que es la actividad concreta del historiador. Reitera finalmente que la filosofía de la historia es el concepto trascendental de la historia, o sea, es el estudio de la historia como una forma universal y necesaria de la actividad mental. □

⁷ En el texto *La filosofía de la historia* (1930), igualmente se ocupa primero de qué es la filosofía y luego de la relación de la filosofía con diversos campos del conocimiento, hasta llegar a la historia que es el núcleo del trabajo.

LIBROS



Miguel León-Portilla, *Bernardino de Sahagún. Pionero de la antropología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas-El Colegio Nacional, 1999, 261 p. (Serie Cultura Náhuatl, Monografías 24).

Contemporáneo de Carlos V y Felipe II, Bernardino de Sahagún vivió cerca de noventa y un años, de 1499 a 1590, el primer tercio de ellos en España y más de sesenta en México. Fraile franciscano, su misión fue laborar entre los nahuas buscando su conversión al cristianismo.

Persuadido de que, sin un conocimiento profundo de su lengua y cultura, no era posible lograr su objetivo, diseñó y puso en práctica un método de investigación que abarcó "las cosas naturales, humanas y divinas" en el universo de los pueblos nahuas. Por su metodología y cuanto alcanzó a reunir y dio a conocer en su magna *Historia general de las cosas de Nueva España*, en náhuatl y en castellano, hoy se le reconoce como pionero de la antropología. El presente libro de Miguel León-Portilla recrea lo más sobresaliente en la vida de Sahagún, poniendo especial énfasis en lo que fue su magna aportación: el rescate del gran legado cultural y lingüístico de México indígena.



Reflexiones sobre el oficio del historiador, 1a. reedición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1999, 251 p. (Serie Divulgación, 2).

Durante los últimos cincuenta años el quehacer del historiador se ha visto influido por diversas circunstancias que han tenido por resultado un notable aumento de la producción historiográfica. Las principales causas de este fenómeno han sido la profesionalización del historiador y el hecho de que un gran número de historiadores europeos y norteamericanos se hayan interesado por la historia de México.

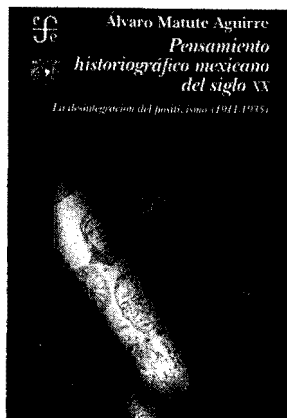
Nuestra historiografía se ha enriquecido mediante nuevos enfoques y se han abierto otros campos de estudio de la historia que no se habían abordado, como la económica, la cuantitativa, de la mujer, la demográfica, entre otras. Asimismo se han incorporado a nuestra disciplina enfoques y metodologías de otras ciencias sociales.

La reedición del presente volumen obedece a la necesidad de dar a conocer nuevamente a estudiantes, maestros e investigadores cuáles han sido las posturas frente a la historia de destacados investigadores que se han ocupado de los temas de México. Se presentan las conferencias correspondientes a las versiones de 1992 y 1993 del ciclo El Historiador frente a la Historia, cuyos temas fueron "La relación entre la historia y otras disciplinas" y las "Fuentes para la investigación histórica", respectivamente.

Dentro del primer tema se presentaron los siguientes trabajos: "La historia y la etnografía", por Johanna Broda; "La historia y la geografía", por Gerardo Bustos Trejo; "La historia y la fotografía", por Ruggiero Romano; "La historia y la sociología", por Ricardo Pozas Horcasitas; "La historia, la economía y la historia económica", por Mario Cerutti; "La historia y la biología", por Roberto Moreno de los Arcos, y "La historia y el derecho", por María del Refugio González. Los trabajos correspondientes al segundo tema fueron: "El cine", por Aurelio de los Reyes; "Las fuentes orales", por Graciela de Garay; "La historia y la literatura, encuentros y desencuentros", por Carmen Vázquez Mantecón; "La demografía histórica y la historia", por Cecilia Andrea Rabell; "Las cifras en los documentos", por Carmen Yuste; "Los fondos documentales de Veracruz", por Carmen Blázquez; "Una breve relación para una larga historia", por María Isabel Monroy de Martí; "La triste situación de los archivos de mi provincia", por José María Muriá; "El fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca", por Norma Mereles de Ogarrio, "El Archivo Histórico del Banco Nacional de México", por José Antonio Bátiz, y "Las fuentes para la historia", por Inocencio Noyola.

Álvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo xx. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, 1999, 480 p. (Serie Sección de Obras de Historia).

El siglo xx ha sido rico en planteamientos acerca de la historiografía, y no es casual que el gran desarrollo de esta disciplina durante el siglo xix haya propiciado una fecunda reflexión filosófica sobre la historia. Antecedente de *La teoría de la historia en México*, también de Álvaro Matute, que a su vez fue alentado por *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* de Juan A. Ortega y Medina, el lector encontrará la primera entrega de un proyecto de investigación histórica ambicioso y revelador. En ella se analizan y presentan los principales materiales que tienen como tema central la polémica relacionada directamente con el positivismo que, según el planteamiento del autor, sufrió un proceso de desagregación de los elementos que lo constituían originalmente. Se incluyen aquí textos de Alfonso Toro, Jesús Galindo y Villa, Emeterio Valverde Téllez, Antonio Caso y Manuel Brioso y Candiani, introductor en nuestro país de la obra del historiador rumano Alexandru Dimitriu Xénopol; asimismo de José de Jesús Núñez y Domínguez, Alberto Beteta, Gilberto Loyo, Rafael Ramos Pedrueza y Alfonso Teja Zabre.



Historia Mexicana

VOL. XLIX, OCTUBRE-DICIEMBRE, 1999, NÚM. 2

David Eduardo Tavárez

*La idolatría letrada: un análisis
comparativo de textos, clandestinos
rituales y devociones en comunidades
nahua y zapoteca 1613-1654*

Laura Muñoz M.

*Dos ensayos en La Habana:
su visión geopolítica y la defensa del
interés nacional*

Antonio Ibarra

*Mercado colonial, plata y moneda en el
siglo XVII novohispano: comentarios
para un diálogo con Ruggiero Romano, a
propósito de su nuevo libro*

Historia Mexicana

Periodicidad		Trimestral (4 números)	
País	Instituciones e individuos	Ejemplar*	
México	300 pesos	75 pesos	
Otros países**	100 dls.	30 dls.	

* Vigente o atrasado

** Debe sumar al costo de su suscripción, 4 dólares por gasto de envío



El Colegio de México, A.C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Col. Pedregal de Santa Teresa, C.P. 10740 México, D.F. Para mayores informes:
54493000 exts. 3090, 3138, 3278 y 3295. Fax: 54493083 o Correo electrónico:
suscri@colmex.mx

*La historia no es el pasado. La historia es el pasado
historizado en el presente.*

Jacques Lacan